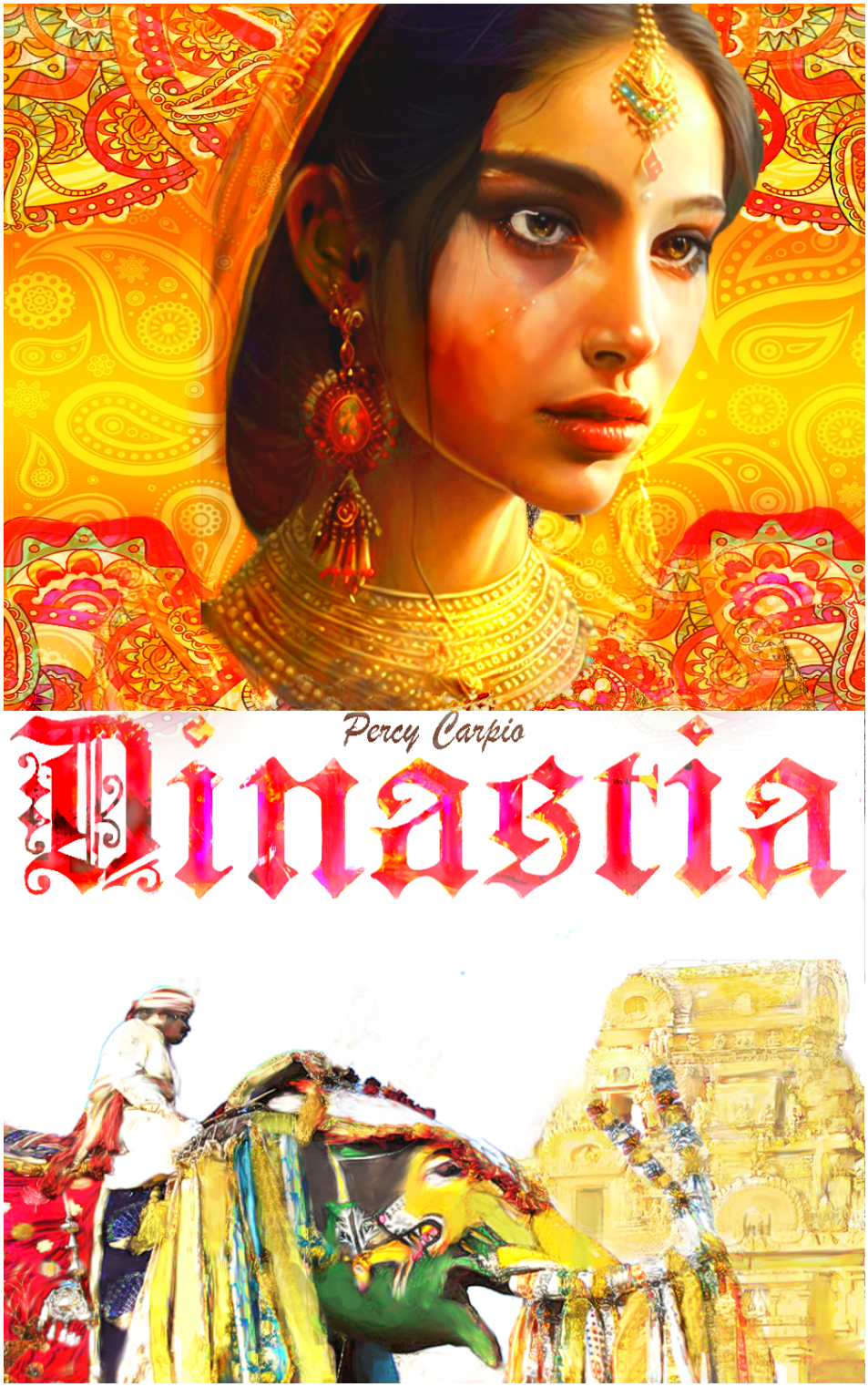
□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Percy Carpio Escritor de Epica y Terror



Capítulo 1

□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Nirek

Nayakan

Ojayit

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—¿[illegible]? [illegible]

—[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible]—.
[illegible]
[illegible]
[illegible]!

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible]!
[illegible]
—[illegible].

—[illegible]
[illegible]
[illegible].

—¡[illegible]!
[illegible].

—[illegible]
[illegible]
[illegible].

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible].

[illegible] su veneno [illegible]

Capítulo 2

□□□□□□í□□□□□□□□□

□□□□□□□□□□□□□□□□□

En el reino Nuru, donde los bosques escondían misterios olvidados, reinaba con majestuosidad el noble Samir. Sus gestas resonaban en su nación como ecos de antiguos cantares.

Samir impartía justicia con la mirada de un tigre en acecho, y su determinación era la de un rayo que cortaba el cielo. Su habilidad guerrera era tan vasta como los desiertos que separaban los reinos, y su corazón, tan generoso como las lluvias que traían vida a las tierras estériles.

En sus viajes a Panyab, sobre un elefante adornado con los colores de su reino, Samir era recibido con júbilo y alegría. Las calles se llenaban de alboroto y las gentes observaban a las filas de guerreros.

Cuando Paramjit requería ayuda, el padre de Samir extendía su mano con generosidad y sin titubear. Era como una alianza marcada con sangre, y cuando Paramjit ascendió al trono imperial, las recompensas fluyeron como un torrente desbordado. Las tierras de Nuru y Panyab se unieron en una alianza indestructible, forjada en el fragor de la batalla y en la fraternidad de los corazones nobles.

Samir notificó a su séquito que realizarían el viaje de visita a los príncipes, y pidió a los conductores que alistaran a los animales y lo que fuera necesario. Partieron temprano y atravesaron la selva. Al llegar al reino vecino, fueron recibidos por los Gupta en las puertas del voluminoso palacio, como dictaba la formalidad. Todos hicieron venias y los visitantes fueron invitados a pasar.

Cayó la tarde, y luego de haber conversado bastante en los salones, los Gupta salieron al bosque con Samir. Caminaron hacia la pacífica naturaleza escoltados por sus guardias se sumergieron en la sinfonía de la naturaleza. El susurro de las hojas danzaba al compás de sus pasos, mientras el aroma de las flores embriagaba sus sentidos. Era como si la selva esmeraldina les diera la bienvenida, extendiendo sus brazos verdes en un abrazo fraternal.

Llegaron mariposas revoloteando con las alas llenas de polvo de oro, y flotaron delicadamente sobre los matices de las flores. Los tímidos lagartos salieron de entre las piedras para dar la cara al Sol, mientras las granadas se entreabrían luciendo su sangrante corazón, acompañadas por rosas y orquídeas que cautivaban los ojos.

La nieve vestía a las montañas, allá donde las leyes del creador marcaban el límite a los trozos de hielo. Las aguas que de ellas manaban se filtraban deslizándose por los flancos de las montañas como plateadas serpientes, y a medida que el caudal se enriquecía con el tributo de nuevos hilos de agua, se creaban delgadas cataratas que se derrumbaban lanzando bruma. Una profusión de luces era derramada por las hebras de Sol y los perfumados pétalos exhalaban su poema creando un festival de matices.

El grupo alcanzó un río que corría claro y sereno. Decidieron detenerse para apreciar las pozas de agua con flores flotantes. La visión los hizo relajarse y sintieron la frescura del lugar. Se levantaba una azulada bruma creada por delgadas cascadas de las que lloviznaba agua. Los príncipes observaron dos grandes pozas en aquel agradable río, y como estaban deseosos de relajamiento, se acercaron para deslizarse entre las límpidas aguas.

Cayeron las sombras del crepúsculo y decidieron retirarse. Mientras regresaban al palacio, apreciaron que cerca de las rumorosas aguas había un grupo de poderosos y ágiles tigres que jugaban entre ellos. Ojayit los vio y le pidió una lanza a uno de sus guardias. El soldado se le acercó y le entregó el arma haciendo una reverencia. Poco después, el príncipe arrojó la lanza contra las bestias, quedando solo el movimiento de las ramas desmayadas mientras los animales se ocultaban. Sus maestros le reclamaron sus actos, pues todo seguidor de la sagrada religión, creía que la vida era digna de ser respetada, y nadie debía atacar animales, a menos que fuese en defensa propia.

A comienzos de año, los príncipes Gupta fueron invitados al reino de Yaipur, pues se aproximaba el cumpleaños de su tío Jayadeva. Su tío envió a sus mensajeros con las correspondientes invitaciones para distintos nobles. Los príncipes viajarían acompañados por su guardia y consejeros.

Llegó la mañana y debían partir. Los hermanos se reunieron en la entrada principal del palacio, y sus ayudantes se acercaron para comunicarles que los elefantes estaban listos para el viaje. Montaron todos, y los conductores ordenaron avanzar a los animales.

Llegaron a la ciudad después del largo viaje, y los pilotos detuvieron a los animales al lado de la puerta principal del palacio. Los nobles bajaron de los elefantes asistidos por sus ayudantes, y se acercaron para saludar

al dueño del onomástico, que los esperaba en el alto portal.

Los visitantes hicieron venias, y su tío los invitó al salón principal para ponerse a gusto. Caminaron hasta el elegante lugar que tenía columnas con abigarrados dibujos de leyendas. A los costados, las claras cortinas ocultaban las puertas y había estantes de sándalo con floreros.

Los encargados les pidieron sentarse a una extensa mesa de cedro. Se sentaron y descansaron del largo viaje, acompañados por melodías de flautas y arpas. Poco después, llegaron varios sirvientes vestidos con túnicas oscuras y trayendo platos con vistosa comida. Los nobles dialogaron acerca de variados problemas que aquejaban a los reinos.

Acabó la cena, y Ojayit hizo lagrimear una botella de soma sobre su vaso. Después de degustarlo, se levantó y agradeció al dueño del onomástico. Entonces, se retiró a caminar por el bosque y relajarse. El príncipe apenas toleraba a Anand, que era el obeso hermano menor de Rajpur, y que también fue invitado. El sujeto hablaba ruidosamente y rayaba en la bestialidad. Sin embargo, estas actitudes resultaban provechosas para Rajpur.

La India le debía a estos príncipes muchos monumentos, pero fueron levantados en nombre de su altanería. Con el paso del tiempo las ideas expansivas empezaron a llegar a ellos como un prometedor perfume. A veces, ideaban la manera de derrumbar los reinados y de expulsar a familiares del imperio, y para ello, pensaban en inventar alguna loca excusa. Sin embargo, también sabían que desde hacía casi dos siglos muchos reyes fueron lo suficientemente insensatos como para querer conquistar los reinos cercanos, y todos fallaron, pues sus ejército eran de los mejores del mundo, y eso les hacía añicos cualquier plan.

La corte del palacio sabía de la importancia de celebrar la coronación de Nirek, y para llevarla a cabo, consultaron a los sacerdotes y consejeros. Esos hombres tomaron en cuenta las señales del cosmos, y se eligió un día propicio para efectuar la ceremonia.

Lo equitativo era ceder una parte del territorio a Rajpur quien sería monarca de Yaipur, y el resto a Nirek, quien debía ser soberano de Panyab. Luego de ocurridas las discusiones de consejeros y ministros, se estableció el día en que se celebraría la coronación de Nirek, y todos le prestarían el juramento de obediencia. A tal fin, convocó a las autoridades y a los nobles del señorío que sabían cuán digno de suceder era el noble príncipe.

Antori, el venerable sacerdote de la orden sagrada, se hallaba inmerso en el devenir de los días en la esplendorosa ciudad de Yaipur. Sus ojos, con la sabiduría de los años, contemplaban con serenidad los aconteceres de la corte Gupta, mientras su presencia confería un aura de

serenidad y prudencia al palacio.

Con semblante imperturbable, el anciano guiaba a los gobernantes con sus palabras sabias, como un faro que orienta a los navegantes en la vastedad del océano. Su cabello, ya plateado por los años transcurridos, caía como suaves mechones de nieve sobre sus hombros, añadiendo un toque de dignidad a su figura venerable.

El anciano solía pasar días en Yaipur aconsejando a los Gupta con sus prudentes comentarios. El palacio resultaba agradable para el viejo, que se comportaba mesurado al compartir sus creencias. Trabajó con sus ayudantes para que la ceremonia fuera óptima. Cuando todo estuvo listo y calculado, el sacerdote dio las órdenes correspondientes.

—Envíen de inmediato las invitaciones a todos los nobles y autoridades de los distintos reinos. Que los oficiales del ejército y los ministros asistan elegantes y, de la misma manera, que se alisten los músicos, y todas las mujeres de palacio deben vestirse y ser la envidia de las flores. La celebración del ascenso al trono de Nirek, el elegido por los dioses, se llevará a cabo de manera correcta.

Capítulo 3

□□□□□□í□□□□□□□□□

□□□□□□□□□

[illegible]

[illegible]

—[illegible]

— ¡[illegible]

— ¡[illegible]!

[illegible]

[illegible]

[illegible]

— [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

□□□

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Capítulo 4

Capítulo 3

El Ajedrez

Transcurrieron unos días y Jayadeva llegó con obsequios para Nirek y una invitación de Rajpur para presentarse a su palacio. Deseaba ofrecer respetos a Nirek ya que era costumbre celebrar en nombre del nuevo emperador. Fueran buenas o malas las intenciones de Rajpur, los hermanos estaban listos a enfrentarlo. Saludaron con respeto a su tío y aceptaron la invitación.

Ritor los apoyaría en cualquier situación, el solía pasar buena parte del tiempo en Panyab aconsejando a sus sobrinos y, si sucedía algo malo, él sabría qué debían hacer. Pero aunque Ritor era experto en asuntos de estado y el sabio en la ciencia de la mente humana, no sospecho realmente del peligro que se extendía sobre todos en ese momento. Todos observaron a Nirek, confiando en que su intelecto solucionaría cualquier imprevisto, su deseo de demostrar su superioridad sobre Rajpur era grande. Si el código regio había de obligarlos a aceptar viajar a aquella siniestra región el estaría allí.

Correcto como siempre, sabía que el deber de su puesto lo obligaba a concurrir. Jayadeva les dijo que se realizarían algunas competencias, y entre estas, habría algunos encuentros de ajedrez. Después de conversar un momento más, se retiró.

–No me agrada Rajpur. Sin embargo, el ajedrez es de mi gusto, si me dejó guiar por las leyes imperiales podría darle una lección –aclaró Nirek.

–Si Rajpur te reta ¿Crees poder contra él? –preguntó Nayakan.

–Yo creo que si –contestó Ojayit sin esconder la desagradable mezcla de terrible repulsión y molestia.

–No se preocupen –repuso Ritor suspirando–. Mi hermano Aleines piensa que este evento probaría el deseo de Nirek por estrechar la alianza que existido entre ambos reinos y podría unirlos aún más. Sin embargo, Rajpur conoce el tamaño de la habilidad de Nirek, y es posible que quiera demostrar superioridad.

–El orgullo flota en el río del tiempo y se va pronto, pero la humildad permanece fija como una firme roca –comentó entonces Samir–. Todos sabemos que el ajedrez requiere de una poderosa inteligencia y gran prudencia.

–Así es–dijo Nirek–. Algunas veces, en este juego como en la vida, es preferible quedarse quieto a moverse sin propósito alguno, planificando tu próximo movimiento.

–No le servirá de nada a Rajpur ser ambicioso si pierde su imperio –dijo Nayakan–. Con la codicia cualquier ser humano se convierte en el blanco de miserias peores que las que causan las mortales flechas.

–No será triste si alguna vez pierde la vida –añadió Ojayit.

–¡Devuelvan a mis párpados el sueño! ¡Díganme donde ha ido a parar la humildad! –exclamó Nirek.

–¿Cuándo permitieron los Rastrakutas que la ambición carcomiera sus vidas? –preguntó Nayakan incrédulo.

–¡Si nos ofenden mi espada esta lista a mancharse con mis sucios enemigos! –exclamó Ojayit.

–La mía también. Que los dioses nos enseñen la justicia y el camino a seguir –dijo Nayakan.

–Es cierto, Vishnu cinceló esa joya que nombramos justicia –afirmó Nirek.

–Somos justos en nuestro actuar –dijo luego Samir–. Vishnu te dará la victoria Nirek, pues él es como un manantial cuya agua fresca llega a saciar la sed incluso antes de ser bebida.

Los Gupta decidieron ir a la ceremonia que tendría lugar en el palacio Raman, el lujoso sitio donde residía Rajpur junto a su familia más cercana. Los familiares de Rajpur lo visitaban allí frecuentemente, y eran en su mayoría unos gordos bigotudos y toscos, cargados de collares y mala voluntad. Sus otros primos, eran en su mayoría vulgares, al igual que sus tías eran viejas frías y nada generosas. Rajpur y sus hermanos eran conocidos por jactarse de su habilidad, pero hacían trampas en ajedrez. Extraña vez alguien le había ganado a Nirek, y el príncipe deseaba demostrar su gran habilidad ante su familia.

–La mente de nuestro primo está llena de serpientes -Ojayit intervino-. Sé que cuando eran jóvenes, Rajpur y Anand hicieron matar a un tío materno por haberlos insultado, aunque nunca se pudo probar.

–Él no es primo nuestro en realidad –dijo Nirek–. Pero es verdad, su mente es una lúgubre selva, preferiría vivir cerca de venenosas serpientes antes que confiar en él.

–Debemos orar por entendimiento –dijo Samali mientras peinaba su larga cabellera negra como la noche.

–Paciencia hermanos, confío en la sabiduría de Nirek –repuso Nayakan.

Sus adivinos, veían en sus amenazantes visiones que la muerte comenzaba a trepar el cuerpo de los príncipes. Los viejos clarividentes oyeron a los dioses arrojar sus mensajes de guerra. La liberación de una terrible conspiración estaba muy próxima.

–Fuerzas malignas deambulan aquel lugar –dijo Ritor–. Ustedes verán cómo centellean en Yaipur, los rayos una luna oscura, y de antiguos dioses sanguinarios. Allí la lóbrega muerte ronda en busca de sus víctimas.

–Sé que ahí han surgido problemas que aquejaron al mundo antiguo, y se escucharon allí los siniestros canticos de sacerdotes vedas, seres con el corazón más negro que la noche. Nosotros debemos llevar las ondas de la luz a ese maligno palacio –dijo Nirek convencido.

–Piensa en una estrategia Nirek. Debes presentarte amablemente y luego nos largamos como un relámpago –sugirió Ojayit.

Sentían todos rondar el peligro por las puertas del gran palacio Raman. Las palabras joviales de cualquier anfitrión, sonarían para ellos como amenazantes espadas chocando. Todos odiaban tener que ir hacia lo que significaba hacer negocios con Rajpur. Samali sentía un pesar mientras algunos malos presentimientos le rondaban la mente, tenía los ojos temerosos, pensando en las oscuras costumbres de los habitantes del misterioso palacio Raman. Samali era una reina valiente, pero decidió no acudir con ellos. Nirek por su lado mantenía una actitud de serena determinación.

–Debemos seguir las reglas y darles oportunidad –contestó Nirek confiado–. Mi acero es poderoso, mi voz es sabia y mi palabra es una orden. Debemos seguir las leyes pues somos discípulos de la justicia y levantaremos altares en todos los templos de la razón.

Finalmente, llegada la mañana siguiente el Sol dio sus rasgos. Los tres hermanos montaron sus elegantes bestias y empezaron el largo viaje hacia el palacio de Rajpur, estaban acompañados de sus numerosos guardias y consejeros. Nirek tenía la cabeza colmada de dudas. Los pobladores de Panyab los despidieron deseándoles suerte. Todos sabían que una partida de ajedrez era un asunto sencillo para Nirek, pues casi

nadie había logrado ganarle.

Atravesaron los floridos bosques cercanos apreciando los melodiosos riachuelos y después cruzaron algunas zonas desérticas. Después de tres días de viaje, fueron espléndidamente recibidos por Rajpur a las puertas del gran palacio Raman con su esposa, que les dio la bienvenida con hermosas flores y graciosas palabras. El palacio era lo bastante espectacular como para deslumbrar a cualquiera, tenía erigidas sus gigantescas columnas de mármol finamente talladas en la entrada y sobre la cornisa, se habían fijado hábilmente unas varillas de sección cuadrada de oro. Los adoradores de las siniestras divinidades y los sacerdotes que guardaban los antiguos conocimientos del oscurantismo, habían logrado una gran creación con el palacio, y poblados estaban sus grandes altares de vistosos inciensos. Rajpur había hecho construir en su palacio los siniestros ídolos representativos de sus monstruosas deidades.

Enseguida vinieron atentas un grupo de sirvientas vestidas de elegante seda azul, eran mujeres hermosas y ágiles cargando cestillas llenas de flores de color amatista y jazmines de fragancias primaverales. Rociaron el camino de los príncipes con aquellos vistosos pétalos. Avanzaron todos tranquilamente hacia el gran salón principal, caminando con cuidado a través de celestes estanques, siendo saludados por los cisnes de cuellos blancos que flotaban sobre fuentes de tranquilas aguas cristalinas, y por algunos serenos guardias. Las paredes majestuosas y sus salones eran heridos por la luz atenuada que se filtraba, sus patios y estancias con esculturas que estaban construidas de mármol minuciosamente tallado. Las lámparas sobre pedestales arrojaban luz sobre los pasajes, fabricadas estaban las mesas del marfil de los desgarradores colmillos que pertenecieran a antiguas bestias muertas en la selva. Pocos reyes hubieran podido lograr semejante obra, que parecía el hogar de los dioses, donde millones de dioses se mantienen cruzados de brazos, y los brahmanes se prosternan y leen los sagrados Vedas, junto a los devotos Gandharbas, esos seres de enorme poder y divina belleza.

Más allá, a cada lado, estaban los asientos de sándalo cubiertos de bellas pieles de tigre para todos los sirvientes del palacio, observaban ellos todo con sumisa gravedad y estaban vestidos ellos con paño de oro. Se veía también a personalidades ataviadas con vestidos y joyas que emanaban esplendor, luciendo sus barbas y bigotes bastante cuidados, muchos protegían sus cabellos con largos turbantes de seda de variados colores y cuajados con piedras preciosas. No lejos del trono había una plataforma baja cubierta de magnificas alfombras de delicados diseños. El tablero de marfil sobre el que combatirían las fichas atrajo los admirados ojos de Nirek . Vio entonces a su abuelo y lo saludó cordialmente.

–Mis respetos abuelo Paramjit –saludo Nirek haciendo una reverencia.

–Larga vida Nirek –contestó Paramjit.

–Que nuestro señor conserve tus días hasta el final de los tiempos. Me inclino ante el sabio señor de la India, y ante todos los dignos ministros, tanto civiles como militares, que prestan sus valiosos servicios a la corte.

Nirek, tras ser objeto de la bienvenida ceremonial, saludo a todos los emperadores y líderes presentes. Luego de mostrar sus respetos, se sentó junto a la mesa en que estaba el tablero.

–Tomen todos sus asientos, y ordenaré que se les traiga algo de beber –dijo Rajpur amablemente.

–Estoy agradecido –contestó Nirek.

–Sé que te agrada el ajedrez pues es un juego de emperadores –comentó Rajpur–. Podemos practicar pues eso mejoraría las relaciones entre imperios.

–Es correcto, es un lugar agradable para demostrar habilidades –dijo Nirek con amable sonrisa.

Nayakan suspiró para intentar dejar la preocupación lejos, y Nirek se acercó lentamente a una gran mesa de marfil para tomar asiento.

–Moveremos entonces estas piezas de marfil y gemas, sobre estos delicados tableros de madreperla –afirmó Nirek admirando el tablero.

–¿Estás listo para el desafío? –preguntó Rajpur con leve sonrisa.

–Listo a desplegar mi habilidad –contestó Nirek.

–Comenzaremos pronto –aclaró Rajpur rápidamente.

Rajpur ordenó a sus elegantes sirvientes que trajeran pronto unas bebidas para él y Nirek. Brindaron un momento, y después de ordenar las piezas, comenzaron con la partida.

–Empecemos con la partida. Primero esta pulsera de perlas –dijo Nirek y saco una sarta de titilantes perlas, que se vio reluciente sobre la elegante mesa de marfil.

Rajpur sacó también un largo collar con pequeños diamantes y hojas formadas de esmeralda y zafiro, y luego de colocarlo en la mesa, comenzó

mover las fichas.

Nirek jugó confiado y sin esforzarse, y al cabo de unos minutos, Rajpur ganó sonriendo.

–Bien, la suerte no te sigue –dijo Rajpur.

–El triunfo te pertenece –afirmó Nirek–. Continuemos.

–Apuesto estas esplendorosas gemas –dijo Rajpur depositando sobre la mesa una caja de madera de sándalo con pequeños zafiros y centelleantes esmeraldas.

Nirek le hizo una seña a uno de sus sirvientes, y este se acercó respetuosamente cargando una caja llena de monedas de oro y dos magníficos diamantes del tamaño huevos de paloma, que desplegaban un admirable brillo. Esta vez decidió no perder.

–¡Magníficos tesoros! –dijo Rajpur deslumbrado–. Entonces podemos continuar.

Nirek bebió un poco y luego alargó el brazo para mover una ficha, después lo hizo Rajpur. Jugaron así los siguientes quince minutos.

–¡La diosa de la victoria me escoge! –dijo Nirek contento al ganar.

Hasta ese momento había sido un empate. Sin embargo, la apuesta aumento su interés.

–¡Apostemos ahora algo más importante! Que sean cien elefantes con corazas deslumbrantes y sus pilotos –dijo Nirek confiado.

Rajpur aceptó rápidamente, y la partida duró esta vez veinte minutos. Los Gupta sintieron el peligro rondar pues la apuesta iba en aumento y Rajpur deseaba ganar a toda costa. La siguiente partida duro treinta largos minutos.

–Jaque Mate, los dioses me escogen –dijo Nirek satisfecho al ganar.

Rajpur puso ojos de cuchillo pues no se resignaba a perder, y decidió continuar apostando.

–Apostemos ahora nuestra colección de joyas reales –afirmó Rajpur impaciente por ganar.

–Si es tu deseo, adelante –dijo Nirek sereno.

–Jaque Mate…Yo gano señores –dijo luego Nirek con la voz saturada de alegría.

Rajpur sintió la cólera invadirlo, estaba harto de ver triunfante a Nirek, y necesitaba poner alguna excusa para detenerlo. Nirek estaba dominando la partida con gran habilidad. A momentos se oía un menguado murmullo desplazándose por el salón, era el pérfido Ranio, un consejero de Rajpur, insinuando que Nirek hacía trampa.

–Apostemos algo más importante –le dijo Rajpur sin resignación.

–¿Que sugieres?

–Bien, apostemos algo tan grande que las divinidades posen sus ojos en nosotros. Así sea entonces, apuesto la mitad de lo que hay en mi tesoro contra la mitad del tuyo– dijo Rajpur con tono autoritario.

Nirek pensó por un momento pues podía tratarse de una sucia trampa.

–¿Tienes algún miedo de apostar Nirek? ¡Mira que hasta ahora la victoria te complace! –dijo Rajpur acercándose la copa a sus labios.

En condiciones normales Nirek no hubiera aceptado, pero por algún motivo, se sentía excesivamente confiado, bebió un sorbo del cáliz de perlas, y como impulsado por el mandato de algún dios desconocido, aceptó la apuesta ante la vista sorprendida de sus acompañantes.

Los hermanos de Nirek y otros presentes posaron una sorprendida mirada sobre Nirek, pero aun así la apuesta continuó. Luego de quince minutos Nirek volvió a ganar, y se podía ver la luz de la victoria sobre su rostro, pues de esta manera, Nirek se convertía en uno de los emperadores más ricos de la región. Rajpur no podía creerlo y las venas del rostro se engrosaron, tuvo entonces que contener el veneno en la sangre.

–¡Bien! –dijo Rajpur con un tigre enfurecido en la cabeza–. He perdido y ya no puedo apostar más.

–Fue un placer Rajpur –dijo Nirek haciendo una reverencia.

–Ordenaré a mis sirvientes que traigan lo que has ganado, yo debo retirarme.

Rajpur gruñó y cruzó la habitación dirigiéndose pronto hacia sus aposentos, con la desagradable sensación de que las nieblas de la derrota lo cubrían. Entró en un enorme salón flanqueado por altas y brillantes columnas. Había allí un imponente y deslumbrante monumento de color plata. Dos enormes deidades enroscaban sus colas alrededor del altar, con las cabezas en el aire orientadas hacia las ventanas como si fueran

guardianes. Rajpur suspiró y ordenó a sus sirvientes que llevaran la mitad de su fabuloso tesoro. Decenas de sirvientes vestidos con hermosas sedas blancas se acercaron respetuosamente hacia Nirek, iban llevándole elegantes espadas con joyas incrustadas y copas de oro con pedrería, admirables escudos repujados, espléndidos puñales con mangos de turquesa, grandes bolsas llenas de monedas de oro y algunas centelleantes armaduras.

Rajpur era como un cáliz cargado de ira, se retiró rápidamente pensando en cómo recuperaría todo lo que Nirek le había quitado, les pidió a Balan, a Anand y a Ranio que lo acompañaran. Luego de que los sirvientes trasladaran el gran tesoro a sus elefantes, los Gupta se despidieron ceremoniosamente de sus familiares y las autoridades del palacio y abordaron pronto sus bestias para regresar a Panyab.

Nirek explotaba de alegría, todos habían superado el peligro de enfrentar a su primo, y con los bienes ganados podrían realizar cualquier plan que tuviera en mente. Partieron pronto muy jubilosos y avanzaron por las calles de Yaipur mientras el pueblo los despedía. Los elefantes avanzaban en una larga fila, y todos se dirigían tranquilamente camino a Panyab entonando himnos a la diosa Durga y agradeciendo por su buena fortuna. Avanzaron por extensos campos, celebrando el triunfo de Nirek. Mientras, observaban los árboles frescos del bosque, que ondeaban al paso del viento; y las delgadas hierbas de las altas colinas que el Sol matizaba, dejando al descubierto sus aromas; el terciopelo obscuro de los lejanos montes deshabitados se alzaba a la hora del crepúsculo.

Luego de viajar mucho, llegaron a las cercanías de Panyab, el pueblo los recibió jubiloso. Llegaron pronto un grupo de sirvientes magníficamente ataviados y con la mirada respetuosa, trayéndoles guirnaldas hechas con frondosas ramitas atadas juntas con cintas. Con el gran éxito de Nirek, todos ahora sabían bien que recibirían la visita de allegados para felicitarlo.

Unos días después, mientras la aurora desplegaba sus rasgos, viajaron los príncipes y su séquito hacia las orillas de un río cercano para realizar sus rituales matutinos. Cuando estaban a medio camino, mientras el Sol ya rozaba las lejanas montañas, se les cruzó de pronto un sacerdote de largos cabellos canos y pobre vestidura.

El anciano tenía una serena actitud, y llevaba un aire misterioso y hechizante, llevaba un frío temor en la mirada. Nirek ordenó a sus conductores detenerse pronto, y los elefantes detuvieron sus grandes pasos por un momento. Nirek descendió de su bestia y el sacerdote se le acercó humildemente y le dijo que era un adivino, y que había visto en su

trance cosas realmente terribles que ocurrirían. Nayakan y Ojayit le dijeron a Nirek que el sacerdote seguramente era un farsante y sería mejor continuar su camino. Pero al conversar con Nirek, el sabio anciano le dijo qué veía un oscuro futuro.

–¡Oh príncipe yo he oído el mensaje de los dioses! Acontecimientos indeseados y detestables –repuso el viejo con mirada temerosa–. Algo que el ser humano nunca vio ni imaginó antes, todos deben abandonar el reino.

–¿Qué perturba tu mente anciano? –preguntó Nirek con cierto temor.

–Gran podredumbre y destrucción –dijo el anciano con ojos enormes –. Los imperios caen, la Luna se obscurece y llega el terror proveniente de magia desconocida. No existe suficiente tierra para enterrar a tantos cadáveres. Seres de las tinieblas que ojos humanos jamás han visto invaden nuestro mundo en enorme cantidad, llenándolo de negra vileza, y los animales comen del cuerpo de miles de cadáveres.

–Que la mano de Durga nos proteja –dijo Nirek con mirada desconcertada y un gran temor brotando en su mente. Que su santidad nos aleje de toda la negra maldad nacida de presagios desfavorables.

–Continuemos el camino –dijo Ojayit incrédulo–. El único ser despreciable es este viejo pobre y mentiroso.

–Espera un momento hermano -contestó Nirek.

Nirek le ordenó a uno de sus sirvientes que obsequiaran alimento al sacerdote y le agradeció sus consejos, decidió entonces continuar su camino. Luego de unos momentos de avance, llegaron a la orilla del río, y de pronto, se vieron grandes nubes de polvo alzarse amenazantes bastante lejos en el horizonte. Todos se preguntaron que ocurría. Samali unió sus manos e invocó religiosamente por las bendiciones de sus dioses para que les concedieran protección, puesto que estaban cerca de lugares sagrados y consagrados a ellos.

Pronto sospecharon que se trataba de un ejército debido al ruidoso sonido de caracoles y la pisada atronadora de elefantes. Un gran regimiento se vislumbró a lo lejos y pronto fueron alcanzados. Era Rajpur que venía acompañado por un regimiento de guerreros fuertemente armados, y pronto los rodearon con agudas lanzas en alto. Ocurrió un breve choque de aceros, y la guardia personal de los príncipes fue rápidamente sometida, después, Rajpur se acercó a ellos desafiante y acusó a Nirek con desprecio.

–¡Maldito tramposo! ¿Acaso piensas que no te vi hacer trampas?, no eres

digno de ser llamado emperador, ¡guardias arréstenlos a todos!

–¿Te atreves a acusarme de hacer trampa? –le preguntó Nirek sorprendido.

–Por supuesto falso emperador, eres solamente un cobarde que no llega a los talones de un perro –contestó Rajpur decidido–. Ustedes son ahora nuestros esclavos y por la ley sagrada tus manos deberán ser amputadas.

–¡No pueden tratarnos como ladrones! –exclamó Samali con ojos grandes –. Haré que paguen por esta cobarde burla.

Los Gupta fueron subidos a la fuerza a sus elefantes y conducidos rápidamente de vuelta al siniestro palacio Raman, luego de mucho viajar a gran velocidad, llegaron y fueron conducidos al salón principal, los familiares de los príncipes se sorprendieron con la situación.

–¡Ustedes los Gupta dicen ser muy decentes pero en realidad las sucias trampas son su forma de actuar! –exclamó Anand mirando fijamente a Nirek.

–¡Esto es inaudito Aleines tus malvados hijos están haciendo acusaciones sin prueba! –gritó Paramjit con ojos grandes.

–Deberemos cortar las manos a Nirek pues la ley sagrada lo demanda–dijo Rajpur autoritariamente.

–Hijo –murmuró Aleines suplicando–. No cortes las manos de Nirek pues los castigos para ladrones no se aplican a la realeza.

Rajpur pensó por un momento, y luego decidió de un tenso momento decidió no llevar a cabo aquel vil acto.

–¡Llévense a los nuevos esclavos y a sus acompañantes! Ellos pronto estarán muertos como su padre –ordenó Rajpur sonriendo.

–¡Entonces tú mataste a nuestro padre maldito traidor! –exclamó Nayakan.

Los presentes quedaron atónitos con semejante acusación y Rajpur no se defendió, solo continuaba con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

–¡Llévense a los Gupta! –exclamó Anand–. Todos serán huespedes de la húmeda cárcel pues son nuestros esclavos.

–¡Si! –dijo Ranio sonriente–. La cárcel será ahora su nuevo palacio.

Ojayit estaba crispado, e intentó resistir a los corpulentos guardias empujando fuertemente, pero los soldados lo contuvieron. Nirek, soportaba ahora el gran peso de la humillación y no podía creer que Rajpur hubiera acabado con su padre. Pero sabía bien que los héroes deben estar serenos cuando el corazón duele.

–¡Suéltenme de inmediato! –exclamó Nirek con deseo de venganza–. ¡Los hare decapitar a todos!

–¡Déjennos de inmediato! ¡Las serpientes envidian tu veneno Rajpur! –rugió Ojayit con ira.

Nirek no toleraría estos insultos, y viendo que los habían tomado en cautiverio aquellos rudos soldados supo que debía vengar la ofensa, estas acciones eran las más espantosas e irrespetuosas que alguna vez un rey tuvo que soportar. Los sacrílegos y profanos Rastrakutas extendieron hacia ellos sus malvados y musculosos brazos, y los tenían ya en su despreciable poder.

Ojayit, que tensaba los músculos, sentía como si un animal salvaje le desgarrara el corazón. Había en aquellas acciones una lapidaria sentencia, llena de obscuras consecuencias para todos, aunque los Rastrakutas eran incapaces de comprenderlas.

–¿Aleines permitirás esto? –preguntó Ojayit con el cuello proyectado hacia adelante y cuchillos afilados en los ojos.

Paramjit no pudo hacer nada, pues estaba amenazado.

–¡Eres un gran tramposo Nirek y deberás pagar por ello! –exclamó Balan con una voz de flauta demoniaca gritando la maldad pura.

–Los otros líderes han callado, es obvio que por haber hecho trampa, Nirek y su familia son ahora nuestros esclavos –declaro Anand.

Su frialdad pintaba sus palabras con terror, y dejaba mudos a los presentes. Según las escrituras, se iniciaba una era de gran oscuridad espiritual, la violencia y la muerte reinarían sobre los reinos.

–Toda la riqueza de Nirek es ahora nuestra, ¡Guardias llévenselos! –ordenó Rajpur contento.

Anand se acercó a Samali y la agarró bruscamente del cabello mientras el rugido abismal de Nirek se hizo sentir.

–¡Suelta a la reina Anand o tu cabeza volará!

–¡Detén esto hijo, o es seguro que la muerte visitara nuestros reinos! –le exigió Aleines a Rajpur.

–¡Esto transgrede todos los límites! La familia real no puede ser arrestada –reclamo Ritor.

–Pero si el hizo trampa mi señor Rajpur está en su derecho –afirmó Ranio contento.

Nirek dirigió una triste mirada a sus hermanos, sintiendo vergüenza por no poder librarlos de aquella triste situación. Anand, que estaba deseoso de esclavizar a los Gupta, ordenó a los soldados que se llevasen a los príncipes de allí, serían llevados a las oscuras mazmorras.

Aleines lamentaba grandemente lo que sucedía, y Nayakan sentía como si hubiese recibido una herida mortal. Ser esclavos era una idea imposible para su libre corazón. Las venas de Ojayit eran como cuerdas tensas en su cuello y sienes, y sus coléricos ojos crecieron por efecto del deseo de matar que surcaba su mente. Nirek mostraba las pupilas animadas por los destellos de una enorme ira. Ojayit intentaba avanzar hacia Anand pero era detenido por los corpulentos guardianes. Luego Rajpur continúo hablando con gran autoridad.

–¡Soldados lleven de inmediato a Nirek y a su familia a la fría prisión! Ahora son mis esclavos.

–Ese es el castigo de un tramposo –dijo Ranio sonriendo.

Fueron conducidos con tremenda brusquedad a las oscuras y viejas cárceles del palacio. Aquellos lóbregos calabozos fueron excavados en los sótanos rocosos del palacio Raman. Un grupo de guerreros los escolto con fuerza hasta ellos, a través de estrechos y tortuosos corredores, que parecían hechos para los peores criminales. Se todos sentían humillados en la desagradable y siniestra prisión. Ojayit estaba muy molesto y apretaba tanto las manos que los huesos le sonaban. Nunca habían sido prisioneros de nadie. Comprendieron claramente lo que Rajpur había planeado. La muerte sería el castigo para las futuras víctimas de su tiranía, una pelea llena de horror y destrucción.

–Te acordarás de tus palabras cuando mi espada beba tu sangre gran perro –decía Ojayit pensando en Rajpur mientras apretaba con odio los barrotes de la lúgubre y decrépita cárcel.

Las venas de Nayakan sobresalían de su rostro como las raíces de un grueso árbol, y las de los brazos de Ojayit eran enormes debido a la tensión de jalar los oxidados barrotes, sus venas se veían oscuras como

bosquejadas con la sangre de violetas silvestres, o como las rudas venas de una columna de alabastro. Permanecieron los dos de pie intentando serenarse frente las paredes húmedas y viejas. Nirek pensaba la manera de huir pronto de aquel oscuro y horrible lugar.

–No soy de piedra, soy de carne y hueso, se infesta mi espíritu con gusanos e inmundas heridas, los insultos cubren ahora mi orgullo; mi nobleza esta seca y arrugada. No podemos morir en esta traición, la lengua de Rajpur busco su propia tumba –dijo Nirek.

–Te lo prometo Ojayit –dijo Nirek con ojos grandes–. Ese perro Rajpur pagara de manera que su esposa correrá por miedo al ver su asqueroso cadáver.

Más tarde, mientras el manto negro de la noche caía, Ritor, Aleines y Paramjit fueron a visitarlos y mostrarles su apoyo, fueron junto a algunos brahmanes y sudras, demostrando su desacuerdo con la situación. Los encontraron humillados y con el orgullo reducido a escombros. Permanecieron sus familiares respetuosos e intentaron consolarlos. Pero los príncipes tenían la mente alborotada y no deseaban ver a nadie, lo único que necesitaban era ver la muerte Rajpur. La esclavitud sería un duro peso en el corazón de todos ellos. Nirek estaba sentado en un rincón sin dirigir a nadie su mirada, pues estaba invadido por la frustración. Nirek observaba el lugar con la palidez de la fría nieve, su mente estaba ahora serena pero pensante, sus ojos transportaban una tranquila mirada.

Llegó luego la fría noche, y el viento soplaba veloz. Samali se acercó a Nirek y los príncipes tuvieron que dormir sobre las desgastadas y sucias losas. Por momentos Nayakan observaba a través de una pequeña ventana a la Luna y veía cómo palidecían las estrellas, paseando pensativamente los ojos a través de las frías barreras de metal que les impedían la salida. Durante largos minutos, Nirek estuvo sumido en una larga meditación, hilvanando diversas conjeturas y pensando en cómo escapar. Se veía alzarse los lejanos montes como misteriosas siluetas entre la niebla. Sabían ellos que el hombre que es latigueado por la mano del verdugo, aún puede tener libertad en la mente, pues su voluntad e inteligencia no pueden ser sometidas por ninguna tiranía, y asimismo, que en el libre albedrío que habita en el fondo mismo de la conciencia humana, existe la libertad invencible.

Los brutales Rastrakutas estuvieron dedicados a sus ceremonias, y cantaban y realizaban los rituales que sirven a la oscuridad, mientras los generales se alistaban para iniciar varias incursiones. La asistencia del lúgubre Kalari para los planes que tenía Rajpur era notable, y podía percibirse que Rajpur deseaba restablecer el antiguo imperio de los dioses sangrientos, y regresar a los oscuros rituales, tantos como jamás pudo

presenciar el mundo. Orgulloso en extremo, su sentimiento ambicioso se mezclaba en su mente con el canto de sus seguidores, y estaba dispuesto a demostrar su grandeza con la velocidad de sus flechas.

Ojayit miraba sus gruesas manos, pensando que les daría lo que deseaban, la muerte de Rajpur y todo su séquito. Comenzó a intentar cortar los barrotes con el cuchillo que tenía escondido. Saike envió mensajeros a Rajpur, diciéndole que ni no liberaba pronto a su hija entrarían en un conflicto armado. Fue así que dio la orden alistar al ejército.

Unos días después, el corazón de Paramjit estaba saturado de tristeza y ni siquiera deseaba comer. Ningún emperador justo estaría de acuerdo con la esclavitud de los príncipes Gupta. Le resultaba imposible ver a Nirek y permanecer indiferente ante el cautiverio de ese emperador tan justo y dueño de grandes virtudes.

Después de pensar mucho, Paramjit hizo llamar a un sigiloso guerrero, y lo envió durante la noche para que los liberara y los hiciera huir al bosque, en donde tendrían que pasar un tiempo hasta poder organizar un ejército y comenzar una guerra contra Rajpur. El hábil espía se desplazó entre las sombras de la lóbrega noche evitando a algunos guardias que estaban desprevenidos. Avanzó silencioso hasta las cárceles, y al llegar logró romper los candados de las rejas haciendo poco ruido. El guerrero les dijo que los sacaría de allí, y empujó sigilosamente la oxidada reja que se abrió hacia adentro. Les informó que los ayudaría a salir y les entregó sus armas. Despues de abandonar ese viejo lugar, se desplazaron todos como nieblas silenciosas a través de los grandes salones del palacio intentando no ser vistos, y avanzaron sigilosos a través de las estancias. El palacio parecía no acabar nunca, pero pronto iban a salir. Entonces, después de momentos de gran tensión, alcanzaron el aire libre de la noche lleno de estrellas. Entonces, al llegar a una gran muralla, se dirigieron hacia una entrada secreta cuya ubicación conocía el espía, estaba camuflada en una de las murallas externas del palacio. Al alcanzar la parte exterior del enorme lugar, respiraron todos con alivio sintiendo la frescura de la noche. Luego se dirigieron pronto hacia el oscuro bosque, y estuvieron caminando toda la noche a travez de alargadas sombras. De vez en cuando pasaban grises murciélagos y se oían los murmullos de algunos animales. La Luna estaba muy luminosa y alta, y su luz se filtraba por las ramas alumbrando el camino con sus palideces.

Cuando estuvieron lejos, vieron que el Sol rozaba ya los montes del vasto paisaje en un apacible amanecer. Las fibras nubes comenzaban a iluminarse, desfalleciendo la oscuridad y llenándose todo de claros colores; se iluminaban lentamente los matices de la noche mientras se asomaban los primeros rayos solares. Recordaron por un momento, aquella belleza de los amaneceres cuando oían las conversaciones de su padre, pues el enmarañado bosque desprendía por las mañanas sus

intensos y profundos aromas acaramelados, acompañados por el poema de los pajaros y los suaves efluvios herbales.

El espía les indicó luego que serían recibidos en el castillo del emperador Adit, que nunca simpatizó con Rajpur, y que tenía un ejército que podía resistirlo. El Sol ya daba su rostro, los hermanos se detuvieron, formaron un círculo y oraron a sus dioses. En aquel espeso bosque, empezaban todos a darse cuenta de la trampa en la que habían caído, y aunque Nirek no era culpable ni de la sombra de una trampa, el ser acusado podía bien costarle el reino. Después de comer algunas frutas que crecían cerca, partieron para llegar pronto al palacio de Adit. Estuvieron viajando dos días hacia el oeste, cruzando peligrosos bosques llenos de animales salvajes, hasta que poco a poco se acercaron a un ancho río que corría sonoro. Estaba el agua llena de peces extraños y era rico en reptiles. Bebieron un poco de esa fresca agua, y pudieron apreciar como desde las alturas se descolgaban las melodiosas aguas.

Fijaron los ojos en las lejanas montañas, y no pudieron evitar que algunas gruesas lágrimas manen como pequeños riachuelos de sus ojos, pues contemplaron con sus sorprendidas pupilas como ocurrió la destrucción de varios poblados a manos del ejército Rastrakuta. Los guerreros enemigos mutilaron y destruyeron todo. Los imponentes lugares sagrados tenían los muros fracturados por el odio, como si una tempestad bárbara y profana hubiera pasado por allí. Era el espectáculo de una destrucción patológica. Estaba la sagrada tierra sujeta a la tortura y era masacrada por la fría ambición y el dolor; todo el reino estaba infectado por una podrida peste. Apenas se habían acostumbrado al paisaje, cuando sintieron pisadas como lejanos truenos, y pudieron apreciar a lo lejos aproximarse un enorme elefante enjoyado. Se escondieron entonces, pero luego, con alegría desbordante, se percataron que era su gentil amigo Nara. Salieron a recibirlo, Nara los divisó, y después de acercarse a ellos, bajo de la bestia acercándose con alegría en el rostro y los apretó fuerte entre sus grandes brazos. Todos se sintieron muy contentos y se sentaron para conversar unos momentos en medio de la frondosidad del bosque, viendo por todas partes un apacible verde, embellecido con los diferentes matices de una variedad de bellísimas florecillas.

–¿Por qué nadie reclamó sus actos a Rajpur y Anand? – le preguntaban los hermanos.

–Porque temen por su vida y al parecer los tienen chantajeados –respondió Nara–. Ellos sospechan que Paramjit los dejó escapar, pues saben que él no permitiría que sus nietos vivan en una oscura cárcel.

–La exigencia de Rajpur obliga al viejo sabio –contestó Nayakan–. Nuestro abuelo está siendo obligado.

–Esta es una época de héroes –les dijo Nara–. Es un tiempo para el cambio del mundo. Las derrotas llegan fácilmente, pero las victorias deben lucharse.

–Es verdad, yo combatiré contra cualquier imperio y con cualquier tribu, me enriqueceré con el botín tomado a los Rastrakutas, y finalmente, volveré lleno de gloria mientras mis enemigos me rinden tributo –dijo Ojayit sosteniendo su larga espada.

–Mi corazón también está repleto de deseo por aclarar las cosas –aclaró Nirek molesto.

Todos subieron y se acomodaron sobre el elefante de Nara, y él los condujo a través de la jungla intentando no llamar la atención. Avanzaron durante algunas horas y llegaron a los viejos restos de un pequeño poblado que fue antiguamente habitado. Estaban avanzando por el pie de una pequeña colina, en una zona en que se veían grandes rocas musgosas y donde, según se contaba, vivieron también tribus poderosas y rishis sagrados que dominaron mucho tiempo la región. Se revelaba a su vista una inmensidad verdosa y sombría. Allí en el sereno bosque, el murmullo de los bellos pajarillos los hizo olvidar por un momento el difícil pasado. Continuaron avanzando sobre el musculado elefante de Nara, y luego de mucho andar por el sereno bosque, se detuvieron para descansar bajo un árbol de enormes hojas azuladas. Estaban hambrientos y sedientos, y decidieron recoger algunas frutas del bosque. Algunas luces flotaban sobre el espeso bosque, eran tímidos insectos luminosos que parecían saludar a los hermanos y a la princesa.

Después de avanzar un poco más, pudieron observar a lo lejos el grandioso y reluciente palacio de Adit. En ese reino podía verse a los ciervos sosteniendo flores en la boca y a bellas aves trinando y bailando como pequeñas doncellas de mil colores, y a grullas divinas recogiendo su alimento, y disfrutaron por un momento de la paz que se respiraba en esa tierra sin mancha. Llevaron algunas frutas que recolectaron en los bosques. Luego de pocos pasos llegaron a la puerta del magnífico lugar. Era la puerta elegante y monumental, estaba toda construida de bronce y de magnifico oro labrado. Enseguida, se abrió la puerta y vieron a unas jóvenes que les sonreían trayéndoles bebidas. Después de un momento se encontraron con Adit y lo saludaron haciéndole reverencias, y el amablemente, los invito a comer y reposar manifestándoles su gran desacuerdo por las acusaciones de Rajpur. Admiraron las sorprendidas pupilas sus altos muros engalanados con hileras de arcos que se cruzaban de manera armoniosa entre sí, y corrían sobre una franja de destellante amatista. Estaba nutrido todo el palacio de gruesas columnas rodeadas de estatuas dedicadas a sus divinidades con labores menudas. Ojayit camino con ojos grandes por el lujoso palacio, y finalmente se sentó sobre un

vistoso mueble hecho de sándalo, encima del cual, había un ancho almohadón azul, bordado con lentejuelas doradas. Pero un veneno mortal afloraba en su mente, era algo que le pedía acabar pronto con Rajpur, su corazón tenía suficiente de ese elixir tóxico como para llenar un gran lago.

Sabían que vivirían allí por algún tiempo, pero consideraban que el tiempo pasaría y finalmente regresarían a casa para arreglar cuentas. El silencio que mantuvo la familia pesaba como rocas sobre los hombros de Nirek, pero el concordaba plenamente con ellos en su necesidad de mantener la paz. Nayakan encontró en el elegante palacio un lugar para la meditación y la practica de sus ejercicioscon las armas. Samali y Nirek por su lado, intentaban despejar sus nervios oyendo los murmullos de los instrumentos musicales. Ojayit oía las tranquilas melodías pero iba pensando como acabaría con sus primos.

–Tenemos suerte por ser libres esposo –le decía Samali–. Sin embargo, siento temor de que nuestros enemigos vengan a buscarnos.

–No te preocupes niña mía –contestaba Nirek–. Tú eres ahora lo único que importa, toda mi riqueza y toda mi esperanza, el placentero hogar de mi amor.

Nirek le conversaba mientras acariciaba el largo y oscuro cabello de su gran amor, él era estricto en sus convicciones pero amoroso con ella.

–Recuerdas cuando nos vimos la primera vez, estabas tan llena de gracia, y tus ojos me lanzaban flechas al corazón.

–¿Cómo olvidarlo? Me mirabas como se observa una gran estrella del firmamento.

–Así es, nuestros nombres son como uno solo.

Nirek sabía que el momento de pelear se acercaba. Regresarían cuando los clarividentes anunciaran el momento propicio. La voz de Nirek vibraba y se elevaba a través del palacio, dando tranquilidad a sus hermanos. Más tarde casi al derrumbarse la luz del día, Ojayit empezó a conversar.

–Nirek, debes seguir el camino de los grandes emperadores. Somos los príncipes Gupta y esta vez no debemos perdonar a nuestros enemigos. Es posible que nuestro padre haya caído a manos de esos desgraciados. Eso me pesa como una montaña de acero en el corazón.

–La verdad está en tus labios –dijo Nirek–. ¿Quién podría soportar las injurias de esos salvajes, los desmanes del tirano de Rajpur y los insultos

que ha sufrido mi paciencia?

–Debemos tener cuidado –comentó Nayakan con ojos grandes–. Nuestro reino es latigueado por fuerzas malignas. La rectitud nos hace parecer débiles, pues el claro matiz de nuestro valor se mezcla ahora con la negrura del temor.

–El enemigo caerá y vengaremos las ofensas. Limpiaremos nuestro nombre y el de nuestro pueblo –dijo Nirek decidido.

Luego, Ojayit se calmó y tomó asiento sobre unas suaves pieles de tigre, era obvio que deseaba enviar un mensaje sangriento a sus enemigos. Ojayit le dijo a Nirek que las naciones perecen cuando no hicieron uso del derecho sagrado de vengarse; pues es tan culpable el pueblo que olvida la cruel tiranía como el vil que la práctica.

–Escuchemos a los clarividentes –le sugirió Ojayit suspirando.

–Pronto llegará el momento hermano –contestó Nirek.

El tiempo pasaba, y luego de transcurridos dos tensos meses, en una luminosa mañana, Antori que estaba en el palacio Raman, se fijó en que nadie lo observara y partió discretamente pues deseaba conversar con los hermanos. Llegó de mucho viajar sobre un elefante blanco, trayéndoles algunas importantes noticias y fue muy bien recibido.

Como ya lo sospechaban, el extenso ejército de Panyab estaba listo para movilizarse contra Rajpur, aunque él aún pensaba que tenía a los soldados bajo control. Después, mirándolos con aquellos sabios ojos resplandecientes, Antori conversó con Ojayit intentando tranquilizarlo.

–Nirek está en lo cierto, aún no llega el momento pero llegará pronto, la paciencia es virtud de grandes héroes.

–La lengua engañosa de Rajpur ya ha convencido a varios guerreros prometiéndoles riquezas, como Alendris que era sumamente hábil con las lanzas, y él ha prometido acabar con Amio por antiguos problemas –comentó Ojayit.

–No se turbe tu mente –le dijo Nayakan–. La bendición de nuestros dioses ha caído sobre nosotros y nos encargaremos de todos ellos.

–Ser cuidadosos es lo correcto –contestó Nirek–. Debemos conquistar nuestras íntimas angustias, pues mucho hay de grotesco en tener un carácter hostil, ya que los malos pensamientos van acompañados por la completa abolición de las facultades intelectuales. Nuestras penas son solamente el producto de los derrumbes morales de nuestra familia,

caídas que han sido pinceladas por la codicia.

–Muchos reyes justos nos apoyan y con semejantes fuerzas, el triunfo nos seguirá –dijo Nayakan decidido.

Antori les deseó la mejor suerte a todos y les dio algunas instrucciones.

–Cuando llegue el momento deberán pelear por lo que les pertenece, tengan cuidado pues sé que ellos están tramando algo –les dijo intentando advertirles el peligro–. Como ustedes saben, si se anticipan, llegan primero al campo de batalla y esperan a los Rastrakutas en posición favorable, la victoria los escogerá.

–¡Es verdad, el momento está cerca y debemos alistarnos! –contestó Nayakan.

Había admirable belleza y vida en el bosque cercano al palacio de Adit. Se levantan en el cielo grandes masas de nubes blancas, pareciendo manadas de elefantes llevando diademas resplandecientes. Y los hermanos pudieron relajarse un poco observando algunas de esas nubes que tenían la tonalidad de una flor de loto amarillo. El cielo era en ese momento un enorme zafiro azul, mientras algunas nubes lo recorrían calmadamente. Se sentaban los hermanos en los grandes jardines para oír el canto de los pajarillos, en medio de los tranquilos estanques de nenúfares, resplandecientes se veían estos, como rubíes sobre sus grandes hojas de esmeralda.

Rajpur y sus hermanos intentaban encontrarlos pronto y acabarlos para así poder conservar el imperio completo. Era como si los astros de la vileza iluminaran el camino a los Rastrakutas, y dieran empuje a una terrible tempestad de devastación. Si nadie los detenía se reducirían a escombros los bosques de la pureza, los cuales serían talados por sus viles hachas. El infame emperador pasaba por sus agudas armas a cualquiera que se le opusiera, pues todo lo que caminara o se arrastrara a su sombra era suyo por derecho. Pero los hermanos sabían bien que la pelea por reconstruir un reino perdido entre el caos de las luchas era un acto heroico, y luchar contra la obsesión de un frío dictador solía acompañar el florecimiento de las nuevas dinastías. Debían seguir el ejemplo de los guerreros que saben que el camino de la enseñanza es largo cuando se usan teorías; pero es corto cuando se toman acciones.

–Si atacamos pronto la suerte nos sonreirá –decía Ojayit–. Los Rastrakutas están ahora entregados a sus vicios y confiados. Pagarán sus ofensas pues llegaron a nuestro reino, y no sintieron ninguna vergüenza en profanar las estatuas de nuestros dioses y destruir los templos, ellos han derrumbado los altares y todo lo demás. Salvar el imperio por la justicia es el privilegio de los príncipes que creen en la paz y de los

corazones que no retroceden ante la vileza.

–La sabia palabra de los clarividentes es el camino –repuso Nirek–. Les pido ahora con Vishnu como testigo, que tengan fe en lo que haré pronto. Rajpur ha engendrado su propia muerte, pues ha sembrado de maldad la tierra sagrada donde vivieron los antiguos dioses, y se dedicó a plantar su semilla sangrienta. Me entregaré pronto a los deberes que vuestra tolerancia me ha impuesto. Ni el tiempo ni la distancia podrán nunca hacerme olvidar al enemigo a quien he prometido dar rápida muerte.

–¡Oh enemigos despreciables a los que los demonios han dado su poder mortal y sus modales! ¿Quién se apiadará de ellos cuando tenga que matarlos? –exclamó Nayakan.

Un anciano consejero de Paramjit fue a visitarlos silenciosamente unos días después, y luego de saludarse, intercambiaron amablemente algunas noticias sobre lo que estaba sucediendo. Conversaron entonces tranquilamente, y Nirek preguntó al consejero qué había ocurrido, y por qué habían humillado a los Gupta de esa manera. El anciano contestó que la ambición había ya cambiado por completo a su familia.

–La mente de Rajpur es una laguna de veneno, se ha apropiado de nuestra riqueza con trampas y nos insultado –dijo Nayakan.

–No le durará mucho a ese enemigo de nuestro reino –dijo Ojayit apretando el mango de su acero hasta tronar sus huesos.

La gente se dedicaba ahora a actos irreligiosos y viles, pues la pureza había perdido su esencia. Ahora los vegetales incluyendo las semillas plantadas en la tierra se negaban a florecer. Reyes inmorales y pecaminosos habían comenzado a corromper los antiguos lugares sagrados. Aquellas personas cuyos corazones fueron arrastrados por la violencia, la codicia y la ira descomunal, hacían ahora su espectáculo lamentable.

Durante un tiempo, la idea de que los poderes malvados de los hechiceros Rastrakutas entrarían en acción dejó incomodidad en la mente de Nayakan. Intentó endurecer su actitud visualizando las caras de asesinos mientras practicaba tiro al blanco con sus precisas lanzas. En esa pruebas de valor, oían los hermanos en sus mentes y corazones la voz de la esperanza, pues sabían que la fe es como un oasis en el corazón que nunca se seca. Cuanto más adversas fuesen las circunstancias, mejor se manifestaría su valor.

Los mensajeros que Ritor enviaba de manera secreta les llegaban con espantosas noticias, el gran ejército de Rajpur avanzaba y destruía a cualquier oponente y finalmente se apropiaron también del imperio de

Nirek, no sin una pronta respuesta violenta de los generales del ejército, que presentaron una batalla que perdieron ante la superioridad enemiga.

El descontento recorría la mente de todos los Gupta y demás emperadores de la región. El auge de este nuevo imperio estaba sometiendo a numerosas tribus como los Hmar, a los Munda que eran una de las etnias más respetadas de todos los reinos, y también a los Gaddi, que al ver los Rastrakutas a sus mujeres vistiendo piedras semipreciosas, pequeños espejos en sus collares y plumas de aves coloridas, no resistieron a apropiarse de estas riquezas. Esclavizar o devastar era ahora la consigna de Rajpur. Luego de levantarse en la mañana, el solía practicar punteria utilizando flechas envenenadas contra algunos de sus nuevos esclavos, o haciéndolos pelear entre ellos en sangrientos enfrentamientos. Se destruyeron muchos lugares religiosos y esplendidas construcciones. Nadie estaba listo para la embestida del ejército Rastrakuta. Muchos nativos se vieron obligados a huir a las espesas selvas y montañas. Las estrellas malignas parecían se precipitarse sobre los antiguos reinos; y las negras nubes parecían escribir con sus relámpagos el mensaje mortal de los dioses. Los luchadores, tras los sacrificios en que se ofrecía su muerte como ofrenda a la vil majestad, sintieron pasar sobre su tierra una marcha horrible y mortal, en la cual parecía avecinarse la destrucción de toda la tierra sagrada.

Desde esemomento, todos los imperios vecinos le pagarían un alto tributo a Rajpur o pagarían consecuencias a manos de sus poderosos guerreros. No por eso eran, sin embargo, todos temerosos de la nueva corona, sino que más bien empezaron a conspirar silenciosamente. En los primeros tiempos de la campaña militar, quedaron como miserables esclavos todos los prisioneros, y siendo más difícil mantener poblados todos los lugares conquistados, existía la necesidad de perdonar la vida a los vencidos. Así muchos príncipes y reyes lograron conservar sus gobiernos vendiéndose al mal, y reconociéndose vasallos y tributarios de la corona. De este modo utilizando capitulaciones y tratados, muchos accedieron sin tener opción, pues las leyes imponían la cruda esclavitud como pena a los opositores y no todos los reinos ganados con las agudas armas obtenían tratos ventajosos.

Mediante sus violentas campañas, batalló Rajpur conquistando a todos los emperadores del norte y después, marchando al este, derrotó a los Sarenios y a los Mandikas, y en el oeste, impuso altos tributos a los emperadores Yavana. Eran los Rastrakutas en ese momento la fuerza y la ley suprema en India. Los pobladores de las ciudades conquistadas eran vendidos en condición de esclavos, y a los temerosos que huyeron a los montes y a las selvas para librarse de la esclavitud, eran perseguidos como si fueran animales. Cada hombre libre esperaba a un libertador para unir a él sus armas, pues todos se encontraban en gran

peligro debido a un enemigo poderoso y mortal.

Estaba ya comprobado que, aún recurriendo a la resistencia armada, no se salvaría a las poblaciones de los reinos ocupados por los regimientos Rastrakutas. Los poblados de todos modos eran invadidos y soportaban ahora los horrores del saqueo y la matanza. Sus comandantes y generales, condujeron desde Ciudad de Reyes a formidables cuerpos de tropas, llevando sus violentas incursiones en la India mucho más allá de lo cualquiera hubiera sospechado. Renovó Rajpur con creces las escenas de pillaje y masacre que en tiempos antiguos habían cometido los invasores extranjeros en aquellas comarcas, lugares que fueron visitadas por una violenta muerte. Era una invasión de viles guerreros, empujados contra todos los reinos por el viento de una infección que empezarían pronto su sangriento bacanal. Ante la indefensa mirada de los pobladores, las manos de los saqueadores arrojaban en sus grandes sacos las alhajas robadas; profanaban los santuarios buscando sus bellas pedrerías, y celebraban su nueva riqueza bebiendo abundante vino, mientras abofeteaban y pateaban a los sacerdotes, levantándose orgullosos sobre sangrientas montañas de muertos y heridos.

Entonces, después de muchas guerras y sufrimientos espantosos, fue establecido el nuevo imperio en el nombre de una codiciosa expansión, pero los generales, al no sentirse todavía satisfechos, vieron que esos objetivos de grandeza podían convertirse en una realidad, pero ignoraban que un síntoma seguro de la muerte de una nación es la sequedad de los espíritus y de los corazones. El ave de la mente humana debía emprender el largo vuelo desde los oscuros parajes de la ignorancia, y llegar al nido de la sabiduría, para luego poder beber de las melodiosas aguas de la máxima sapiencia.

A pesar de los reclamos de su padre, sentía Rajpur que los dioses lo habían elegido para controlar todo el mundo. El corazón del nuevo rey era tan envidioso como anhelante de riqueza. Así llegó a ser vencido por su orgullo y en una desconfianza obsesiva, veía a los que le rechazaban y le huían convirtiéndose en sus opositores. No permitiría que los desprecios le desvistan el orgullo. Sus carreteras y puestos conectaban ya todos los rincones del imperio. Los hermosos templos de Panyab que antiguamente eran reservados a los sacerdotes, fueron irrespetuosamente saqueados, y fueron allí construidas las esculturas dedicadas a los sangrientos dioses de los Rastrakutas. Le esperaba al imperio una carnicería tal que limpiaría a la India de su mortal veneno. Nayakan había practicado sus artes de guerra, y ahora él y sus hermanos sabían disparar y pelear mejor que antes.

Pero Rajpur y Anand no estaban satisfechos con lo obtenido, y deseaban continuar su larga marcha para poder saciar su enorme ambición. Deseaban extender su poder sobre todo y estaban dispuestos a exterminar a quienes se opusieran a su gran poder. Sus constructores se

dedicaron a levantar palacios dedicados a su soberbia, levantando esos palacios gigantescos para albergar su orgullo. Rajpur solía sentarse a discutir durante largas horas con sus generales y consejeros en Yaipur, y para ellos ya era indiscutible que los Gupta serían vencidos por Rajpur en una posible guerra. El camino estaba ya despejado para la coronación de Rajpur, y era para los justos del reino como si una fuente de la maldad desbordara pronto sin que alguien pudiera contenerla. Sin embargo, los consejeros le señalaron que con Nirek vivo y sin la completa cooperación del ejército de Panyab, le sería muy difícil reinar de manera correcta.

Descansaron luego sobre algunas suaves pieles de tigre, sus días transcurrieron rodeados de lujos, y sus noches fueron apacibles. En aquellos pabellones se veían colgadas vistosas telas de seda, donde la luz era agradable como la penumbra de la Luna, y los jardines estaban repletos de naranjos y de jazmines cuyo perfume se mezclaba el de las rosas. Y allí conversaron sobre los planes que tenían en mente. Mientras se veían a través de las ventanas a las aves que volaban sobre árboles y flores de nombres tan hermosos como sus matices. El esperar el cobarde ataque de sus enemigos sacudía el corazón de Nayakan y llenaba su mente con fríos temores. Ahora, toda la tierra soportaba el despliegue de destructivas fuerzas militares. Pero todos sabían que, cuando la guerra fuera un recuerdo, las bellas auroras se levantarían a brillar nuevamente. Ese momento era como una lúgubre noche que reina con espanto, en que los pueblos eran castigados, pero el cúmulo de bestias que brotaban del corazón helado de la vileza sería pronto vencido.

Con el paso de los meses se formaron gran cantidad de reinos salvajes y ambiciosos. Llegaron a esas tierras grandes ladrones, viciosos, corruptos, y mujeres de mal vivir que acompañaban a los nuevos reyes, y el aire se volvió aún más desagradable. Llegaban constantemente asesinos y ladrones dispuestos a pelear por Rajpur a cambio de una buena recompensa. Desfilaba todo el cortejo de vicios que denigraban a esa sociedad. Ni los ejércitos ni los recursos políticos servían para bloquear el camino a los conquistadores. Quedaban todavía en muchos palacios piedras preciosas de enorme pureza y valor, y lo sabía Rajpur, y entre estas había en el palacio de Adit, una sumamente costosa conocida como Luna Luminosa, un admirable diamante que no había soberano lo suficientemente rico para comprarlo, y que solo cambiaba de dueño por legado o por la fuerza del saqueo. Los soldados invasores de Rajpur, marcharon luciendo sus imponentes corazas y mortales armas, y cualquiera que presentara resistencia era masacrado. Los súbditos de los distintos poblados se veían obligados a servir como esclavos y muchos morían debido a los tremendos maltratos y el excesivo trabajo. Todo el imperio se estaba convirtiendo en una enorme red de instalaciones militares. Todos los espías Rastrakutas pulularían espiando las diversas regiones en busca de los hermanos que habían logrado escapar de las

decrepitas cárceles en Yaipur. El momento de regresar y recobrar lo suyo se acercaba, Adit corrió riesgos al esconderlos, pues si Rajpur se enteraba hubiera decidido atacarlo, ya que Rajpur estaba loco por obtener las extensas tierras de Adit. Hoy los príncipes Gupta se sentaban entre amigos poderosos dispuestos a pelear contra los malignos invasores y atacarlos con todo su poder. Adit sabía bien que tendría que pelear tarde o temprano, pues habría guerreros que se unirían a los criminales para ganar su reinado, y el más ansioso de éstos era Balan que iba acompañado por el clan Desierto Azul, que era una élite influyente en la política de todos los reinos.

Un espía informó a Rajpur que los Gupta estaban en el palacio de Adit. Rajpur gritó contento que era momento de tomar aquellas riquezas y acabar con ellos, y aunque sus familiares le aconsejaron desistir y varios intentaron detenerlo, alistó a sus batallones para salir al día siguiente. Cuando las siluetas del palacio iban lentamente apareciendo en la leve claridad del alba, los soldados de Rajpur se ponían veloces sus armaduras, y se oía el gran golpeteo del metal repiqueteando, mientras abordaban sus bestias para viajar al palacio enemigo.

Al enterarse que el enorme ejército de Rajpur se acercaba, Adit dio la orden de defender el palacio a sus generales y pidió enseguida su bella coraza y sus armas. Luego, sus sirvientes se la trajeron con una reverencia. Era su coraza suntuosa y de gran preciosidad. Ahora el emperador lucía en la cabeza un casco con forma de ave sagrada y llevaba protegido el cuerpo por una magnifica armadura de acero. Los guerreros de Adit, sabían que había partes de las murallas que eran endebles, se habían apostado muchos en los muros listos a arrojar las filosas puntas de sus flechas y jabalinas. De no ser por aquellos guardias, habrían quedado indefensos los alrededores del palacio, lo cual podía ser motivo para que su rey perdiese su magnífica morada. Fueron todos leales guerreros que no abandonaron el palacio y buscaban los mismos ideales que los hermanos.

Había un rudo sonido de metales y se sentía el estruendo de los pasos por todo el palacio, tal es que apenas se podía oír el sonido de las conversaciones. Los soldados se desplazaban veloces y los trajes de los generales de Adit se desplegaban con gloria, tenían el pecho protegido por una armadura de hierro tan negro como la noche, guarnecidas de cientos de soles y cientos de destellantes ojos de oro, y las corazas de Nirek y sus hermanos también eran dignas de los dioses de la guerra, pues fueron concebidas con un durísimo acero pulido que brillaba como estrellas. En sus manos empuñaban con fuerza largas espadas de hojas tan afiladas como los colmillos de un tigre. Nayakan examinaba y alistaba sus armas, Fue izado en su elefante el estandarte de guerra Gupta, y luego de montarlo, brotó el grito con lengua de trueno de los guerreros. Nirek con su alto conocimiento les reveló a los regimientos la forma indicada de pelear y todas las estrategias que los grandes estrategas solían adoptar,

desde la ciencia que preserva el cuerpo de heridas mortales hasta los grandes métodos de ataque, e inclusive la filosofía y la moral que debían preservar durante la batalla.

El ejército de Rajpur avanzó hacia las cercanías del palacio de Adit como una plaga lista a destruir todo, y se aproximó lo suficiente para dar inicio a la lucha. El ejército de Adit partió en orden de batalla, con el deseo de ganar pronto la guerra. Sabían todos que, para obtener la ventaja en la operación militar, debían utilizar todos los factores beneficiosos del terreno. Los estandartes ondeaban amplios y orgullosos, compitiendo en gallardía con las lanzas y hachas de guerra. Los guerreros de Adit salieron pronto a la batalla.

Nayakan quedó con los ojos grandes cuando vio a las bestias enormes avanzar lentamente tras el emperador, eran como grandes y ordenadas montañas, y las pisadas de miles de soldados rasgando la arena del desierto tronaron en su mente. No había olvidado por un momento que esta guerra cambiaría la historia del imperio. El campo de batalla estaba tapizado por las lenguas doradas que creaban los resplandores del poderoso Sol. Se abrieron pronto las altas puertas del castillo y se echaron afuera los guerreros a gran velocidad, después de desfilar llegaron valerosos al lugar indicado para dar pelea. Los Rastrakutas, que les vieron salir, dieron la señal de ataque y avanzaron a mayor velocidad tocando instrumentos de guerra. Los Rastrakutas eran guerreros experimentados, pero quedaron sorprendidos con la excelente organización del ejército del emperador Adit, que Nirek había desplegado en perfecta formación militar.

Nirek dio una valiente batalla apoyado por sus colaboradores, sus flechas viajaron a travez del cosmos y mordieron a muchos malignos oponentes. Mientras Adit, valientemente se abrió camino y llegó hasta las filas enemigas, y atacaba con fuerza a Ranpik a través de las espesas cortinas de polvo. Ranpik se volvió y le dedicó la sonrisa con la que un guerrero recibe un desafío y apuntó firme una filosa saeta.

–¡Adit te haré tanto daño que ni tu familia reconocerá tu sucio cadáver!

Adit contestó con una carcajada desdeñosa, pero la flecha enemiga silbó cerca de sus oídos. Los ejércitos permitieron el duelo de ambos guerreros. Los dos emperadores se dispararon con sus largos arcos desde las bestias en que iban montados, mientras se inundaba el firmamento con filosas saetas. Mientras un espeso humo cubría el escenario. Llegó un momento en que el Sol quedó literalmente oscurecido por el espeso polvo que volaba del desierto.

El majestuoso elefante de Nirek fue herido y casi probó el suelo, el príncipe sintió arrastrarse a la muerte cerca. Luego de levantarse y

enfrentar una tremenda pelea, insistió a su conductor para escapar pronto del violento camino de las flechas, y fue llevado pronto a un lugar seguro. Pero aparecieron cada vez más enemigos, se sumieron todos los generales en una gran confusión; tomaron las armas y empezaron a correr de un lado a otro para mantener el orden de la batalla. Nayakan soplaba su caracol y sus notas crecieron hasta rasgar las nubes. Las inclementes armas enemigas picaban duramente las armaduras, pero el mordisco de las saetas de Nayakan sembró grandes heridas en el cuerpo de los Rastrakutas. Si no hubiera sido por el veloz movimiento de los elefantes, no habría salido airoso de semejante encuentro.

El cielo estaba inundado por flechas y lanzas y, de pronto, se vieron a lo lejos unas lóbregas tinieblas que se arrastraban hacia los aliados Gupta, y al llegar a ellos, la niebla los cegó casi por completo. Ni su habilidad para disparar a oscuras le habría salvado la vida a Nayakan en aquella locura, si no hubiera sido por el apoyo del ejército.

–¿Dónde están todos? Mis ojos están en tinieblas –gritaba Nayakan.

–Esperemos que se disipe la niebla –dijo Nara con mirada atenta.

Nayakan pedía valor a sus dioses para poder apartar el oscuro y frío temor que le llegaba a la mente. Luego de un momento se dispersó la horrible oscuridad que tapaba el Sol y sumía a todos en negras tinieblas. De pronto Nayakan recibió el impacto de una veloz saeta en la armadura. Pero la flecha no lo hirió de gravedad. Le parecía que peleaba con la misma oscuridad, y que si fallaba, el mundo quedaría sin luz.

–¿Qué debemos hacer? –Nayakan preguntó bruscamente.

–¡Pongámonos a salvó de estos infames guerreros! –exclamó Nara con ojos enormes.

Los ojos de Nayakan se pusieron enormes al ver acercarse un elefante enemigo de brutales formas. El hábil piloto puso al enemigo en el camino de las flechas de Nayakan que disparó con gran velocidad. El disparo fue certero y sacudió a la bestia dañando su pata delantera izquierda, derribando a la bestia que cayó al suelo como una pesada roca. Nayakan tenía una saeta dirigida y deseaba acabar con Rajpur de una vez. El elefante se lanzó adelante con velocidad increíble, y el resto de la división lo siguió con armas listas. Entonces siete elefantes enemigos tomaron posiciones de ataque; Nayakan les disparó a los pilotos mientras ellos se acercaban haciendo temblar el suelo, y los animales obstaculizaron el veloz movimiento de sus flechas.

Ojayit combatía valientemente en su flanco, y entregaba su mensaje mortal con el aguijón de sus lanzas, mientras su piloto embestía con su poderoso elefante. Luego de varias horas de violento combate, el Sol se

acostaba y cayó la noche que separo a los ejércitos. Los Rastrakutas se retiraron pensando en volver para seguir el violento camino de la venganza. Acabó el duro día de lucha, los guerreros empezaron a regresar al palacio de Adit donde serían atendidos por los médicos. Más tarde, los guerreros enviaron mensajeros a palacio de Adit, para ordenarles preparar una entrada triunfal para los ganadores, y los sirvientes del palacio empezaron a arreglar todo y a preparar ofrendas y guirnaldas.

Al día siguiente, todos esperaban a las puertas de la ciudad para dar la bienvenida a los héroes victoriosos, y al llegar estos fueron muy bien recibidos y atendidos. Más tarde se oyó un débil clamor en la distancia. Eran unos mensajeros que llegaban muy agotados y les dieron algunas noticias. El cercano imperio de Rayastán había sido invadido por los mortales regimientos Rastrakutas que estaban saqueándolo y destruyéndolo a su gusto. Los príncipes de ese imperio estaban atemorizados y huyeron pronto, pues la mayoría de la población fue degollada por filosos cuchillos y los restantes fueron llevados cautivos.

Durante una conversación en Ciudad de Reyes, Paramjit estalló cargado de gran descontento.

– ¡Eres codicioso Balan! Algún día sabrás que los verdaderos nobles no derrotan a ejércitos a menos que exista un ideal.

– ¿Te refieres a Samir anciano? –preguntó Balan con mirada de desprecio.

–La espada debe reflejar el ideal de un guerrero.

–¡Pero su verdadera función es matar! –contestó Balan convencido.

–Tu vista es bastante limitada –contestó Paramjit–. Debemos ver más allá de nuestros impulsos y no dedicarnos a destruir sino a proteger, pues si vives y mueres por la riqueza no tendrá sentido tu existencia. Proteger inocentes y rehuir a la guerra es lo correcto, si deseas que el pecho de tus enemigos sea un yugo para tu espada estarás pronto acabado.

–¡Soy el emperador! –afirmó Rajpur–. Yo decido lo que se debe hacer.

–Puede que seas emperador, pero el que sabe reinar también sabe cómo debe hacerlo –reclamo Aleines con preocupación–. ¿De verdad disfrutas Panyab? Ni siquiera el ejército te apoya por completo.

Después de pasado un momento, Paramjit defendió la reputación de

Nirek.

–La verdad está en sus labios, nadie tiene derecho a insultar a sus semejantes. La acusación contra Nirek nunca fue probada.

Balan se retiró incómodo, y luego de una pequeña pausa, se oyó al abuelo Paramjit suspirar hondamente y hablar.

–Tu aprecio por Balan es en realidad una gran equivocación, un imprudente cae en el error más veloz que una flecha corre por el aire, el solo desea tu riqueza.

–Él es un leal guerrero y no me traicionará –comentó Rajpur.

Paramjit había logrado mantener la paz en el imperio mucho más tiempo que cualquier otro emperador. Debido a su edad, tuvo que renunciar a sus derechos de reinar y empezó a pensar que debía abandonar Yaipur, pues se había vuelto un antro repleto de gran maldad.

–Rajpur, la paz descansa en devolver a los Gupta lo que les pertenece, eso impedirá la conflagración del mundo –finalmente hablo Paramjit.

–Por favor hazlo pronto Rajpur –le pidió Ritor.

Rajpur clavó la vista en él. Las flacas esperanzas de Paramjit estaban a punto de perecer. Luego Rajpur se retiró rápido de la gran sala.

El generoso emperador Adit, ofreció a los príncipes armarlos con esplendidas corazas y centelleantes espadas. Los ojos de Adit se veían confiados, y también los de Nirek, pues todo el mundo coincidía en que sus camaradas los apoyarían hasta el final del violento conflicto. Nara apareció luego de un momento en el palacio, llegó llevándoles obsequios para su disfrute, eran flores y botellas de extraños perfumes que estaban basados en sándalo, musgo y flores, y otros con fragancias de distintas frutas muy agradables. Difícilmente alguna esencia aromática podría substituir aquellas fragancias tan deseables. A Aleines le alivió encontrar la manera de ayudar a sus sobrinos, ofreciéndoles también la ayuda de otros familiares suyos, que eran respetables guerreros y llegarían desde lugares muy distantes. A la mayoría de la gente no les gustaba Rajpur y su arrogancia, y Aleines no podía olvidar él las indignidades a las que sus sobrinos fueron expuestos, las falsas acusaciones contra Nirek debían ser ajusticiadas. El violento antagonismo entre las tropas de ambos bandos, no auguraban prósperos días de tranquilidad para el futuro de aquellas tierras sagradas.

Tronó el desbordante sonido de caracoles que iban acompañados de címbalos y tambores por el palacio y las calles por el triunfo en la batalla.

Se ofrecieron a todos los invitados los mejores vinos y dulces. Los que habían asistido poseían la graciosa viveza de rostros relajados por el dulce vino. Diversas leyendas de la dinastía Gupta fueron cantadas día y noche. Hubo gráciles artistas y variadas danzas. Saike había venido acompañado por sus hijos Valul y Narani que eran sus vástagos mayores. Ojayit y Valul se saludaron con mucho respeto, Amio y algunos primos de Nara acudieron también a la celebración. Había además otros reyes con ejércitos de poderosos guerreros que ofrecieron su apoyo a Nirek para cualquier plan bélico que pudiera concebir contra Rajpur en el futuro. Pero ninguno de ellos deseaba pelear todavía, pues sabían que sería una gran masacre. Podría Nirek perdonar a Rajpur si no sospechara que él fue quien ordenó matar a su padre, ni se hubiera atrevido a acusarlos falsamente.

Al día siguiente, con la aurora desplegando su brillo, entraron los hermanos en el salón del consejo de Adit. Sobre la gran mesa, podían verse los antiguos manuscritos que, en ese momento, les servirían para planificar la batalla según las antiguas técnicas de guerra, además podían planificar las futuras acciones leyendo los planos de las ciudades más importantes en las cercanías. Éstos eran los excelentes guerreros con los que los Gupta irían a la enorme batalla. Los hijos de Amio y los de Adit estaban todos altamente capacitados y listos para dar una gran batalla.

El abuelo Paramjit pensó en no volver nuevamente a Yaipur, pues se sentía florecer una tremenda corrupción, y todos sus consejos habían sido para Rajpur solo unos suaves reclamos. La antigua belleza de ese reino se estaba perdiendo, y las nieblas de la vileza ya no dejaban penetrar las claridades del cielo en los ojos de los justos. Sólo prevalecía la sombra de los restos que dejan los sueños al desvanecerse. El mundo ya no se movía en equilibrio y parecia caer en tinieblas, y por esta razón era imperativo alejarse de aquellas oscuras tierras.

Luego en Yaipur se libraba una vital discusión, los próximos acontecimientos decidirían el futuro de la sagrada tierra. Se levantó en el salón Naru en el salón del palacio y hablo con firmeza, siempre imponente en su clásica armadura azul y plata, con sus grandes hombreras y su destellante casco en forma de tigre.

–Los príncipes Gupta solamente piden el reino de Panyab, así todo acabará sin que la tierra se vista de cadáveres.

Durante la tenebrosa pausa que siguió, Paramjit veía a Naru y vio que nunca había comprendido las buenas intenciones que él tenía a pesar de su amistad con Rajpur.

–¡Nirek escogió hacer trampa! –exclamó Rajpur–. Eso le costó el reino.

La mente de los presentes estaba como en medio de una espesa selva, todos muy desorientados. La paz parecía quedar enterrada en un lóbrego terreno, entonando sus tenues himnos que debían ser oídos.

–Nirek estaba obligado a aceptar el reto por el código Gupta y tú lo acusaste sin pruebas –afirmó Paramjit–. Después de todo lo que ha sufrido, debemos dejarlo tranquilo.

Nayakan pensaba que únicamente las flechas y espadas serían las emisarias de la muerte que obligarían a Rajpur a rogar perdón a Nirek pero, si Nirek no le perdonaba el insulto, quizás tendría Nayakan que mandar a su bastardo primo a la tumba.

A lo largo del palacio de Adit, se sentían las discusiones de los Gupta y sus aliados, pues era necesario planificar pronto su estrategia.

–Difícilmente Rajpur devolverá lo tomado. El ejército Rastrakuta es mortal como un regimiento de escorpiones y lo apoyará –afirmó Nayakan a sus hermanos.

–Debemos organizar las formaciones de guerra, esa es la clave del triunfo –sugirió Ojayit.

–Así es, durante la batalla deberemos disponer las tropas con las formaciones de bastón, de reptil, de águila, de monstruo y de aguja –aclaró Nirek.

–Los Rastrakutas serán despedazados como insectos –contestó Ojayit.

–Pienso que debemos traer pronto a todos los emperadores justos –asintió Nayakan–. Avisaremos pronto a los antiguos aliados de nuestro padre. Los mensajeros deben enviar mensajes a Ramio, que fue uno de los comandantes del ejército, y sé que él estará complacido en pelear a nuestro lado, también a los familiares de Samir, que con sus grandes regimientos nos serán de gran ayuda, y también al elegante Maharajá de los Itanagar.

–Espero que nos apoyen a nosotros –añadió Ojayit–. Entrar con Rajpur en una guerra sobre el dominio de Panyab requerirá de un gran apoyo militar.

Los murmullos de los presentes se convirtieron en unas ruidosas aclamaciones. Saike esperó un momento, y luego, alzó serenamente el brazo para pedir silencio a los presentes.

–Nirek, conoces a mi leal mensajero –dijo Saike pensando en un último intento–. Un hombre instruido y confiable. El llevará pronto las palabras que deben ser transmitidas a Rajpur y a sus consejeros.

–Envía a tu mensajero Saike. Pero si Rajpur rechaza la paz que ofrecemos, estaremos listos para la guerra –dijo Nirek.

No esperaron mucho por el enviado de Saike, y decidieron mandar unos veloces mensajeros a las costas oriental y occidental y a las lejanas montañas. Todos esperaban con gran paciencia y con los corazones posados en la esperanza. El Consejo de Guerra y el código Gupta demandaban a Nirek a ir pronto a la confrontación. La guerra sería para ellos como un árbol de raíz amarga pero de unos frutos muy dulces. Adit envió pronto a veloces mensajeros a visitar para solicitar ayuda a sus parientes y amigos, y así también lo hicieron el resto de emperadores que obtuvieron pronta ayuda. La última luz de la paz parecía morir bajo la palabra de Rajpur, una acusación injusta envolvía todo el reino en la opacidad negra de una manta de nieblas. La tierra se sacudía con los ejércitos en veloz movimiento, la guerra daba ya sus tempranos rugidos con lengua de trueno, mientras los Gupta esperaban con ansia a sus aliados. Retumbantes se oían las órdenes explosivas y los aullidos de la maldad. La guerra sería tremenda y el mundo estaría envuelto en una gran nube negra de toxinas.

Recibieron luego a un elegante mensajero, que al llegar ante ellos, les dijo que venía de parte de Jayadeva e hizo una reverencia, y luego les comunicó que el vendría pronto acompañado de sus regimientos de infantería, y que no podrían ganarles, pues además de sus divisiones, Rajpur desplegaría un ejército que ningún ser humano había visto antes.

Jayadeva aceptó con agradecimiento las ofrendas tradicionales que le ofreció Rajpur pidiéndole una alianza, y después de algunos retazos de planeamiento, le aclaró que esta vez estaba obligado a apoyarlo. Rajpur le pidió que diera al ejército la dirección necesaria, lo que suponía una gran responsabilidad, pero que estaría apoyado por Anand, Balan y los demás. Jayadeva no estaba del todo contento por aquella obligación, pero su juramento a su gran linaje lo obligaba. Nayakan se apuró en enviar a emisarios al Emperador de los Sarenios para pedirle que se uniera a ellos. Además, Ojayit fue a pedir el apoyo oficial de Samir. Ojayit estaba bastante preocupado y viajó como relámpago, al llegar al palacio los serenos guardias permitieron que entrara para conversar con Samir. Luego de discutir por un momento, Samir decidió apoyar a Nirek aclarando que los príncipes Gupta habían sido injustamente acusados. Ojayit estaba muy agradecido con Samir, y amablemente le dejó numerosas ofrendas.

Los ejércitos de ambos bandos se alistaban para marchar pronto rumbo al desierto. Esta guerra movería a todo el imperio, y quedaría

incrustada en la mente de los pobladores durante generaciones. Las tropas levantaban gran polvareda en su avance por los distintos caminos. Protestaban barritando los elefantes por los intentos de sus conductores para darles prisa. So oían los crujidos de los viejos arreos de cuero que llevaban los admirables caballos. Pronto se pudo observar el gran regimiento de bestias, que llegaban cargadas con los poderosos guerreros.

Habían sido días con poca lluvia, y el terreno por el que avanzaban el ejército de Panyab y sus aliados era polvoriento, de modo que las patas de caballos, elefantes y pisadas secas de los miles de infantes sacudieron el polvo del camino, elevando una enorme nube marrón que era visible a gran distancia.

Era claro que podrían tener ventaja sobre el enemigo utilizando de manera correcta las versátiles formaciones de guerra. Por ello los guerreros fueron debidamente instruidos.

Pronto Amio vino a ellos avanzando con sus filas de guerreros por el ancho camino que llevaba al palacio de Adit, todos observaron aquella larga marcha de la multitud de acero.

Desde la distancia avanzaban los guerreros como unas nubes cargadas con destellantes relámpagos. Toda su división fue absorbida por los otros ejércitos y al encontrarse los hombres se saludaron con gran amabilidad y respeto. Amio había ya reclutado a gran cantidad de guerreros expertos de todos los rincones y sus fuerzas estaban listas para apoyar a Nirek. Sus soldados lucían sus grandes arcos y flechas, además de unas espléndidas lanzas con mangos embutidos de oro, y otros empuñaban espadas de diversos modelos, había además armaduras con soles de oro y lunas de plata que deslumbraban la vista.

El soplo de la esperanza no refrescaba los pulmones. Los animales se espantaron, y empezaron a escapar hacia los bosques. Parecía desvanecerse la luz del día entre las garras siniestras de la maldad, y en el posterior adiós de la tarde se sentía el temor en crecimiento en toda la tierra sagrada. Era la hora en que una espada espectral sembraba la destrucción sobre la tierra sagrada, y se estiraban sobre los valles los rayos de malignas lunas.

Existía un cruel maestro de la nigromancia nombrado Kalari y solía ser consultado por Rajpur cuando necesitaba conocer los sucesos recónditos. La ocasional presencia del viejo hechicero era desagradable y fatal para los pobladores, pues atraía la oscuridad sobre los reinos. Solía perderse en los lúgubres bosques sosteniendo un largo bastón serpentiforme, mientras buscaba los fatales venenos que allí brotaban. El individuo conocía los escondidos secretos y las oscuras prácticas de los magos, conocimientos que eran detestables y funestos para los seres

inocentes. Su mundo estaba saturado de malignas virtudes ocultas y fue acusado varias veces de haber liquidado a gente inocente, solo para dar lugar sus siniestras prácticas.

El pernicioso hechicero practicaba en su palacio utilizando unas flechas culebriformes que eran cuidadosamente talladas por sus artesanos, y que llevaban los símbolos de las tinieblas. De esa manera, cualquiera que fuera atravesada por estas sería víctima de una veloz muerte. Corrían miles de rumores supersticiosos sobre el viejo, y al verlo pasar con sus afiladas uñas, traje oscuro y ojos destellantes de maldad los pobladores solicitaban la protección a sus dioses y apartaban lejos la mirada de aquel personaje siniestro. Muchos de sus esclavos fueron cubiertos por la muerte después de horribles sufrimientos, pues su lúgubre arte era sangrienta y brutal. Acostumbraba el perverso llevar siempre una colección de bizarros manuscritos que contenían los arcaicos conocimientos. Acompañaba a sus seguidores en Yaipur dado que en algunas ocasiones los ascetas del lugar solían pedirle consejos.

A la noche siguiente, Kalari vistió su oscuro traje ceremonial y se reunió con el sacerdote principal de Rajpur, que era peligroso como una sierpe. Además, asistieron a la lúgubre ceremonia todos los hechiceros y nigromantes de Rajpur. Se dirigieron juntos hacia las afueras del desierto y caminaron silenciosamente a través de las ondulantes dunas. Avanzaron en una línea ordenada y apreciando la luz de una tenue luna. Los brujos iban vistiendo sus túnicas oscuras bordadas con caracteres inscritos. Al llegar al lugar indicado, sus ayudantes construyeron un pequeño templo, cuyo suelo y paredes estaban construidos con huesos de animales de diversos tamaños, y que estaban unidos perfectamente por correas curtidas pues no debían dejar pequeños espacios por donde se pudiese filtrar el soplido del viento. Llegada la hora adecuada de la noche, esos viles hombres murmuraron a los fríos oídos de las tinieblas, llamando así a numerosos seres grotescos guerreros provenientes de otros mundos. Trabajaron los hechiceros durante largas horas y, luego de recitar largamente sus lúgubres letanías, y antes del amanecer habían logrado ya su cometido. Utilizarían los sacerdotes impuros el conocimiento de su arte para obtener la ayuda de las tinieblas.

Continuaron sus horripilantes rituales durante varios días en una búsqueda del favor de sus deidades. Murmuraron esos himnos siniestros y subieron esos sonidos para darle un beso a la Luna. La maldad brotaba con esos cánticos que eran como unos preludios recitados por sus flautas hechiceras en cuyas melodías vibraban las armonías de la guerra. Los viles seres engendrados por la nigromancia servirían bien a los invasores. La corrupción de la tierra sagrada crecía a medida que los poderes neblinosos se extendían como una plaga por el cuerpo del mundo.

La ventana a otros mundos se abrió esa noche con una luminiscencia fantasmal. Kalari cayó arrodillado con los brazos extendidos, y todo

estalló en destellos de una mortal luz. Sus siniestros manuscritos fueron arrojados por los aires por una onda expansiva que sacudió todo. Al oír a sus espías con las nuevas noticias, los hermanos supieron que esta contienda marcaría el final de toda una era. Seres abominables provenientes de oscuros mundos arribaron al manto del desierto atravesando una puerta luminosa, eran regimientos enteros de seres demoníacos que portaban armas de pesadilla y hacían temblar la tierra, según los mitos, estos seres se tragaban el cuerpo de sus enemigos después del combate.

Las letanías y el murmullo de los sacerdotes formaban un fatal coro y el rugido de la congregación se incrustaba con fuerza en los oídos. Vestían una túnicas oscuras, y su largo cabello semejaba cúmulos de negras serpientes. El grupo inicuo era detestable para la naturaleza pacifica de los hombres. Nadie estaba listo para observar lo que el nigromante y su grupo habían atraído en sus invocaciones. Estaban llegando las anomalías que crían las ancestrales leyendas. Los ojos humanos no fueron hechos para percibir semejantes blasfemias.

Un espía enviado por Saike retornó temeroso, e informó con ojos enormes que el ejército de Rajpur contaba con el apoyo de los guerreros de otros mundos, y que su ejército era ahora inmenso. Todos estaban comandados por Panis que era el general de las tinieblas. Ahora eran tantos como una plaga lista a arrasarlo todo, y dijo además que sería muy difícil pelear contra ellos, pues la mayoría de estos despreciables seres estaban altamente versados en hechizos y conjuros, y que seguramente los utilizarían para este conflicto.

En una zona poblada cercana al desierto, a la que habían llegado esos dañinos seres, los ciudadanos oyeron la pisada de sus grandes bestias, horribles y fantásticas a la vez. Muchos pobladores de las cercanías dejaron sus viviendas de paredes de bambú y huyeron lejos temerosos por su vida y la de sus familias. El general de la oscuridad ordenó a sus regimientos que construyeran un gran campamento, en donde fue además erigido un enorme demonio alado que estaba esculpido en zafiro, además de otra cantidad de realistas y grotescas figuras hechas de mármol que le hacían compañía. A los alrededores de aquel grotesco lugar flotaba ahora una tenebrosa bruma y al fondo se apreciaba una lúgubre neblina. Estaba esa región ya cercada por obscuras murallas que eran vigiladas por terribles centinelas que mataban a cualquiera que se acercara. Era una situación muy difícil y todo el pueblo Gupta estaba asustado con las vísceras agitándosele. Esos extraños y escalofriantes sicarios rondaban ya por esas oscuras tierras. Los pobladores rogaban a las divinidades por protección y muchos comenzaron a escapar de la región invadida, y los pacíficos habitantes que no lograron escapar de esas tierras, habían asegurado las entradas a sus casas lo mejor que pudieron y colgaron signos sagrados alrededor de sus viviendas, pues temían que esos escuadrones de destrucción los visitaran. El desierto

estaba oscurecido por las alas de la maldad que proyectaban su siniestra sombra sobre aquellas lejanías.

Los ciudadanos de muchas poblaciones ya habían solicitado la presencia de los sacerdotes del imperio para recibir su consejo, pues el temor los invadía. El aire de toda esa región se volvió pesado y desagradable, como si estuviese contaminado por el aroma de criptas abiertas. La vegetación de zonas aledañas también sufrió cambios, secándose y adquiriendo oscuros matices, los arbustos se veían insanos y atrofiados, y los melodiosos riachuelos de transparente agua se volvieron oscuros y tenebrosos. Las aguas de los ríos cercanos se volvieron enemigas de todas las formas de vida, de manera que ninguna criatura pudo beber más de estas. De noche, la

Capítulo 5

Capítulo 5

La Guerra

Senkes montó su elefante blanco y ordenó a su piloto avanzar. El consejero reunirse con los Gupta pues deseaba contarles las grandiosas noticias. Luego de viajar por unos días, el consejero llegó al palacio y los hermanos fueron veloces a recibirlo, y después de saludarlo con una reverencia le preguntaron qué había ocurrido. Senkes les sonrió atentamente dándoles a entender su éxito, y les contestó atentamente.

—Buenas nuevas estimados príncipes. Quiero contarles algunas cosas acontecidas. En un principio Rajpur se comportó de manera bastante altanera y descortés, y los amplios espacios del palacio fueron saturados con sus reclamos. Los sirvientes vestidos de seda, los elegantes nobles, los poderosos guardias y hasta las bailarinas vestidas como aves de precioso plumaje tuvieron que soportar esas voces desagradables. Nosotros caminamos lentamente hacia Aleines, y después de presentarle respetos, nos sentamos cerca de él y sostuvimos una larga discusión, en la que finalmente se logró acordar la preciada paz.

Senkes les contó todos los detalles de lo ocurrido, todo lo acontecido a él y a sus seguidores cuando cruzaron el umbral del palacio. De esa manera, logró hacer que Rajpur viera la verdad, y les entregaría pronto el imperio de Panyab tal y cual lo dejaron.

Pero Ojayit no confiaba en la palabra de Rajpur, y seguía practicando sus ya conocidas técnicas de pelea. Si Nirek deseaba mantener intacta su reputación de hombre sabio, tendría que aceptar la paz una vez más

Llegaban los fragmentos nocturnos, y Nayakan salió a pasear por el amplio jardín. Miraba el agua donde los peces dorados, celestes y plateados, veloces como un relámpago nadaban entre el reflejo de las estrellas. Variedades había allí que fueron traídos desde lugares muy lejanos. El príncipe suspiraba aliviado y pensó en la gran masacre que había evitado Senkes, y que nada destruiría la paz de los Gupta

Al día siguiente, muy temprano, Darino se dirigió a las habitaciones de los hermanos, y pidió conversar con Nirek. Nadie desconfiaba de las palabras del viejo clarividente, pues él sintetizaba en su espíritu los secretos de la naturaleza. Con sus múltiples dones el sacerdote despejaría las dudas y los sueños de quien necesitara su consejo, advirtiendo sobre las dichas y las penas de su raza. Se sentaron por un momento para intercambiar

opiniones.

—Tuve una vez cierta visión en la que los Gupta cabalgaban en relucientes caballos mágicos, y todo lo que pisaban florecía bellamente. Al parecer ahora tendremos una paz duradera —dijo Darino con esperanza. Sin embargo, la naturaleza muestra algunos signos confusos, espero que las divinidades nos permitan existir en paz.

Nirek permaneció silente, y después habló con una voz apacible

—El camino es aún largo estimado Darino —dijo Nirek y clavó la mirada en el horizonte—. Pronto deberemos regresar a Panyab y resolver los problemas del reino.

Entonces, se vio a lo lejos levantarse al polvo. Vieron que era un mensajero de Paramjit que llegaba en un corcel oscuro, y les traía una noticia que les dejó helados.

—¡Una gran desdicha viene hacia nosotros, oh pueblo de Panyab! Vuestros enemigos Rastrakutas se movilizan como una plaga destructiva. ¡Corran a enfrentarlos pronto o la oscuridad reinara sobre la tierra!

Nirek y sus hermanos sintieron el peso de la traición de la que eran víctimas. Eran momentos de suprema confusión y de lóbrego desfallecimiento. El ejército de Rajpur se estaba movilizando rápidamente rumbo al desierto para atacarlos. Todas las ofertas de paz habían sido solamente un cobarde engaño. La mentira puede producir flores, pero no nunca dará frutos, pues es un elixir que envenena la fuente de la verdad. Llegaron los espías sobre sus elefantes, y entregaron la noticia de que un ejército estaba sitiando a distintas ciudades mediante eficaces movimientos, con la mira de extender la autoridad de Rajpur hasta las orillas del lejano mar.

Nirek no podía creer que los hubieran engañado de una forma tan cobarde. El ejército estaba desorganizado, y todos habían bajado la guardia. Nirek intentaba evitar el gran desastre a toda costa, y una idea le cruzó por la cabeza. Por la noche reunió diversas riquezas, y al día siguiente envió a un grupo de jóvenes emisarios para que llevaran los obsequios a Rajpur. Frustrar la cruenta guerra que se acercaba era una noble misión para un digno emperador.

Entonces, por entre las brumas de la noche, se vieron avanzar a unos extraños inciensos de los que surgían humos, e iban llegando en línea al palacio de Rajpur. Eran mensajeros de paz, y portaban fuentes de reluciente metal que contenían diversos obsequios. Algunos tenían en la mano derecha unas largas varillas de metal, cuyo extremo superior ostentaba el símbolo del imperio Gupta. Llevaban todos unas bellas ajorcas y luminosos brazaletes, y avanzaban despacio a través de la

oscuridad, con un paso lento y majestuoso. Era la digna embajada de paz enviada por Nirek.

El que venía por delante, traía una gran vasija tapizada con esmeraldas que tenía un pie de altura. Esta vasija, en forma de gruesa copa, estaba repleta de perlas que titilaban como constelaciones. Los otros mensajeros llevaban diademas y pequeños diamantes tallados de admirables formas.

Al llegar al palacio, Rajpur observó admirado los bellos obsequios, y haciendo caso a su gran ambición, ordenó a sus soldados que arrestaran a los mensajeros, apropiándose después de todas las riquezas. Aunque sus allegados le reclamaron el proceder, la paz se había derrumbado y una guerra sangrienta era ya un hecho para todos.

En el palacio de Adit continuaron las discuciones.

—Digan a los consejeros y a nuestros generales que debemos organizarnos de inmediato; los adivinos anuncian que los astros están en posición correcta y debemos estar debidamente preparados —afirmó Nayakan al enterarse.

—Aunque no lo deseemos, el ejército debe viajar y comenzar su instalación de inmediato —ordenó Nirek

Nirek les agradeció todos los generales por su firmeza al apoyarlo, y por su sabiduría en escoger el lado correcto. Y todos los guerreros, reunidos ahora en una sola sala, clamaban por venganza, y se alistaron para avanzar contra Rajpur con los estandartes desplegados. Cada división sería dirigida por un general competente, mismo que estaría resguardado por muchos elefantes, caballos, arqueros y espadachines. Los generales debían dirigir al ejército con destacada inteligencia y fuerte disciplina. Uno de los hermanos de Samali, nombrado Valul, estaba dispuesto a pelear hasta la muerte contra Rajpur, y se presentó respetuosamente ante ellos ofreciendo sus armas. Iba luciendo su admirable lanza y una elegante cota negra. Saike también era un experimentado batallador y no le estorbaría el temor ante los extensos ejércitos que enfrentarían pronto.

—Olvidan todos que debemos enfrentar a nuestro tío Jayadeva —Ojayit les recordó

—Ojayit, ni por un momento olvido esa fatal tarea —comentó Nayakan pensativo.

Ojayit ignoró la tensión de su voz y añadió que, si las divisiones se desplegaban de manera correcta, los Rastrakutas y todos sus aliados

serían completamente destruidos.

Lo que haría luego Rajpur se ocultaba tras un velo de misterio. El sonido estridente de sus caracoles y el trueno de sus trompetas y cuernos entonarían la melodía de una letal guerra que a nadie le agradaba. Los Gupta tenían poco tiempo para organizar a los regimientos y construir una muralla protectora alrededor del castillo de Adit. Se dio orden al tesoro de pagar salarios extra a los soldados profesionales, a fin de que pudieran dejar a sus familias bien provistas.

Nirek nunca había dado muestras de ira pero estaba molesto. Sin embargo, Nirek como gran estratega, hizo bien su labor de organización del ejército, y estaba todo listo para la batalla. Pasó cada minuto estudiando las estrategias bélicas y tácticas militares que se podían usar. Nirek se dedicó a enseñar a los generales las estrategias que serían importantes en esta importante disputa. Dispuso a las poderosas divisiones tal y como lo habría hecho su padre. La infantería ligera contaba con efectivos lanceros, y una vez clavadas las lanzas en el escudo enemigo, eran muy difíciles de ser separadas, dejando a los escudos sin utilidad.

Los kshatriyas eran soldados profesionales de gran experiencia, tenían sus filas unos largos arcos de bambú de casi dos metros que disparaban saetas de punta de hierro y podían atravesar fácilmente las cotas, mientras los lanceros iban provistos de sus largas estacas e imponentes escudos de piel. Ellos podían golpear a un objetivo sólo escuchando un murmullo suyo en la oscuridad. Detrás de la infantería vendrían los expertos espadachines todos llevando una maciza coraza que era hecha de tiras de cuero endurecido. Este tipo de armadura protegía efectivamente a los guerreros, y claro, todos los soldados llevaban unos grandes escudos hechos con placas superpuestas, que desviarían efectivamente los dardos que se les dirigiesen y los filos que intentaran lastimarlos.

Un batallador decente no debía emplear armas incorrectas en una contienda, como palos que lleven estiletes agudos, ni flechas envenenadas, tampoco herir a un enemigo que junta las manos rindiéndose, ni a un hombre dormido, ni a quien no tiene coraza, ni al que está desarmado.

Ni la estrategia militar más perfecta, ni los planes de acometimiento mejor estudiados estarían sujetos a reglas fijas, pues las acciones dependerían de cómo se presentaran las circunstancias. Se debía estudiar cuidadosamente cada movimiento dado sobre el terreno, y utilizar un buen golpe de vista. Al amanecer, marcharían los hermanos y sus compañeros en dirección al campo de batalla. Tenían el desagradable deber de pelear en el bando contrario al de su tío Jayadeva y de otros maestros de guerra. El corazón de Nayakan desfallecía de tristeza, y no

podía sino rogar con himnos a la diosa Durga para no tener que matar a su familia.

Cuando llegó la hora de marchar al desierto, cada soldado de infantería, cada piloto y cada elefante estaba ya perfectamente equipado. Avanzaron las tropas directamente hacia el campo de batalla, y tuvieron que superar algunas zonas boscosas que sentían el paso atronador de las huestes. Llegaron a un lugar en que había árboles para suministrarles descanso y sombra. Era un lugar propicio para que los hombres reposaran y planificaran por un momento. Nirek deseaba enfrentar dignamente la contienda, sería una pelea arriesgada, pues en caso de perderse, la retirada sería bastante difícil y peligrosa. Si por el contrario la victoria les complacía, sería posible avanzar sobre todos los reinos conquistados.

Ojayit y Nayakan alistaron un par de caballos blancos, y partieron veloces para explorar y encontrar un lugar adecuado que sería terreno para las tiendas de campaña. Llegaron luego de una hora al borde del río Sutlej que corría sonoro y claro. Continuaron avanzando hasta llegar a la parte norte del desierto. Vieron una gran planicie y decidieron que era un lugar propicio para instalar el campamento.

Nirek se encargó de supervisar la distribución de las tiendas. Luego de varios días, acabaron de levantar el campamento, y pudieron verse las grandes tiendas blancas con largas banderas de guerra ondeando al veloz viento. Los ingenieros se ocuparon además de la construcción de las carreteras y las fuertes murallas de la gran construcción. El pabellón de Nirek fue plantado en el centro del cuadrante norte. Las tiendas de los militares importantes se estacionaron alrededor de la habitación de Nirek y en el perímetro de esas tiendas se colocaron guardianes armados, a los responsables de las señales y los de hacer sonar los caracoles. Los encargados del correo colocaron sus tiendas en las proximidades del cuartel general y permanecerían habitualmente cerca, a fin de que, en caso de que sea necesario dar una señal o transmitir una orden, estén preparados y, tanto los demás guardias como los centinelas debían estar atentos en todo momento.

Todo estaba listo para que naciera la guerra. La confianza de los príncipes aumento cuando vieron llegar a Roani de Guyarat con su regimiento para unirse a ellos. A medida que se acercaban las huestes de sus camaradas, los Gupta se admiraron con la excelencia de sus ropajes y corazas. Roani se llevó el caracol a los labios y lo sopló con fuerza. Sus notas fueron acompañadas por el concierto de caracoles y la melodía armonizada de otros instrumentos. Nayakan sintió el corazón palpitarle fuerte y casi fuera de su lugar

Dieron luego la bienvenida a los socios que acudían en su ayuda. Nirek y Roani se saludaron con una respetuosa venia; iban luciendo sus yelmos característicos de magnifica hechura que les cubrían buena parte del

rostro, y todo lo que podía verse ahora de aquellos hombres eran sus sonrisas. Todos hicieron el juramento de limpiar el venenoso elixir que cubría la tierra de oscuridad.

En la mente de Pramar acechaba un demonio guerrero pero también humorista, el cual le hacía liberar carcajadas incluso en momentos de peligro. El guerrero llegó poco después desde el Sur. Venía montando un imponente elefante enjoyado, cargaba su letal espada que imitaba a una serpiente, y vestía una coraza formidable. Venía precedido por seis elefantes blancos, tan magníficos que no se encontrarían en el imperio otros iguales. Tenían una cota plateada y majestuosa, y filudos colmillos listos para quebrar enemigos.

Detrás de él, venían marchando sus numerosos regimientos con armaduras destellantes e insignias variadas, todos estaban marchando con filosas armas en mano y dispuestos a pelear hasta el final. Era un contingente tan numeroso como arenas en una playa, y el encuentro fue una agradable reunión. Habían traído algunos regalos y hermosas flores, junto a unos gatos de extraños pelajes. Los hizo olvidar por un momento que iban a la guerra. Mientras tanto, Rajpur planificaba las acciones a seguir, junto a todos sus allegados en Yaipur.

—Somos una raza de guerreros —dijo Rajpur orgulloso—. Es una prioridad que Nirek muera. Soy justo sucesor de la corona y guiaré a los Rastrakutas a enormes conquistas. Construiremos ahora un magnífico y amplio imperio.

—Es correcto, pero ser cuidadosos es lo sabio pues sus ejércitos serán también enormes —dijo Balan con grandes ojos que parecían percatarse del peligro.

—No se turbe tu esperanza, la victoria nos escogerá —insistió Anand.

—Tus palabras fluyen confiadas, como si la victoria ya nos hubiera sonreído —le dijo Kalari esbozando leve sonrisa.

—Si los Gupta nos dan la cara se las abarrotaremos con flechas, pues tenemos un plan en mente —afirmó Rajpur con siniestro convencimiento.

—Es verdad, estamos planificando con los hechiceros —dijo Kalari con los ojos salidos.

Rajpur cogió su centelleante sable y lo sujetó fuertemente, luego habló con un plan deambulando en su mente.

—Si Jayadeva utiliza las formaciones de manera correcta, no hay manera de que ellos puedan defenderse. Pero no me preocuparé por eso ahora,

debo ir a planificar con mis altos hechiceros.

—No necesito a esos sucios nigromantes —dijo Balan con desprecio.

—¿Podrá tu espada combatir sola contra los Gupta y sus aliados? —preguntó Rajpur.

—Bien, tal vez exageré.

—Esta guerra verá nuestro triunfo —dijo Rajpur muy seguro.

—Ellos serán golpeados pronto por la mano de la muerte —dijo Balan apretando el mango de su resplandeciente espada.

Luego llegaron algunos informes de los espías Gupta sobre las conversaciones que tuvieron lugar entre Rajpur, Birendra y Anand. Nirek apenas podía soportar la idea de haber perdido el apoyo de Jayadeva, y aún tenían que hacerse a la idea de que el general Birendra pelearía en contra de ellos. Todos ellos se esforzaron en persuadir a Paramjit de que, como antiguo emperador, él era quien debía mantener a todos unidos. Nadie lo notaba, pero incluso Paramjit sentía desconfianza, pues Rajpur estaba fuera de control.

Estaban sentados en el pabellón de Nirek discutiendo la estrategia a seguir. Nirek estaba decidido a ordenar las divisiones de manera correcta; con la idea de quebrar a las formaciones enemigas. Adit escuchaba pensativo los informes de sus comandantes, mientras todos revisaban los planos que había extendidos en una gran mesa de madera. Sus soldados trasladaban de aquí para allá para que pudieran establecer siempre las estrategias a seguir.

Llegó Naru vistiendo su coraza de oro pulido con luminosidad de astros y fajas de seda que serpenteaban en las alas del viento.

—Nada puede impedir la carnicería, y será un cataclismo. Pedí repetidamente a Samir que ayudase a Rajpur, pues no me agradan los tramposos —dijo Naru.

—¡Esa fue una enorme mentira! —exclamó Nayakan.

—Ha llegado al momento de pelear —dijo Naru viendo a Nayakan con mirada de hielo—. Aunque sé que es una decisión difícil, debo apoyar a Rajpur.

Naru miró a Nirek con un gesto de lamento. Nirek no pudo intuir completamente la caótica lucha que estaba teniendo lugar en la mente del presente. La riqueza y el poder eran buenos, pero se contrapesaban con la enorme vergüenza de traicionar a alguien justo. Naru suspiró, y a

continuación abandonó la tienda.

Apenas partió Naru llegó Samir, y todos lo saludaron y rindieron el honor debido. Les trajo ánimo el ver que había traído sus extensos regimientos listos para dar la vida por su líder.

Ojayit ejercitaba seguidamente pensando en lo que pronto venía, y manipulaba su sable cortando el soplido del viento. Deseaba comenzar a agrietar cabezas y sabía que faltaba poco para segar por la cintura a sus oponentes, ya que su arma cortaba las corazas como si fueran un cartón. El haría que Nirek volviera al trono como un justo rey en esa región. El reino no guardaría nunca la memoria de los viles invasores y nuevas flores de esperanza brotarían en los campos. Amio y Roani declararon su apoyo a los hermanos y pelearían a su lado.

El amplio ejército de Rajpur estaba listo para comenzar con la masacre, y en ese momento, sus destructivas fuerzas eran tan intransitables como un río en plena crecida. Los hermanos escucharon con descontento los nombres de sus antiguos aliados formados ahora contra ellos.

—Hemos entendido bien, si Rajpur quiere guerra entonces la tendrá —dijo Nirek con voz apacible pero potente y saturada de firmeza.

—Nuestras leyes religiosas indican que debemos guardar ayuno —indicó Roani a los generales—. Los guerreros sagrados no deberán beber de la leche fresca de una vaca a menos que hayan transcurrido más diez días desde que parió, tampoco de la hembra del camello o de cualquier cuadrúpedo que no tenga el casco hendido, ni leche de una oveja, la de una vaca en celo o que ha perdido su ternero. Además, debemos abstenernos del alcohol y de comer cualquier pájaro carnívoro, excepto los que permite la sagrada religión, esas son nuestras reglas.

Todos asintieron con respeto, mientras se veía su aprobación.

—Entonces la batalla empezará pronto, y la victoria nos escogerá — dijo Ojayit con una voz firme como la roca.

Pudo oírse también a Samir clamar brutalmente, mientras sus ojos titilaban con un ánimo temerario, alzando su extensa espada de tal manera que el sol naciente le arrancaba algunos destellos de plata.

—Que Rajpur no se nos enfrente o será el alimento de los buitres. En cuanto a Balan, mi espada probará su sangre y le arrancaré la sucia lengua.

El vasto ejército era ahora como un mar de armas. Todos los soldados realizaron sus solemnes ceremonias previas a la contienda. Les había informado un espía que Rajpur y Kalari estaban ahora alabando a sus

horribles dioses, y que algunos hechiceros los habían acompañado a realizar sus extrañas ceremonias. Todos apoyaban a los sacerdotes mientras realizaban sus conjuros, luciendo sus oscuras túnicas y sus mantos bordados, ropas que brillaban con tonalidades de azul y un delicado jade. Las enseñanzas de los brujos eran para sus seguidores como una fuente de conocimiento erudito. Los viejos adivinos se dedicaban al estudio y el aprendizaje de los más viejos pergaminos, mismos que fueron edificados con las letras de una lejana sabiduría, y todos se reunían sobre el campo vistiendo sus elegantes cinturones de oro, y varios amuletos caníbales.

El día anterior a la contienda, Nirek estaba triste y su esposa junto a las mujeres de la familia se marcaron la frente con puntos de diversos matices siguiendo la creencia de que obtendrían para sus maridos. Se envió un mensaje a su abuelo pidiéndole conversar en un lugar secreto del bosque. Paramjit aceptó la invitación, y acudió sin que sus otros hijos y nietos se percataran. Llegó después de unas horas al lugar de la cita, y esperó con sus soldados en el lugar. Después, llegó Nirek junto a sus hermanos. Ojayit vio a su abuelo desde lejos y ordenó a su piloto, otro competente guerrero, que siguiera despacio. Al llegar al lugar indicado, los conductores detuvieron a los monumentales elefantes. La pelea aún no comenzaba, pero los hermanos sentían preocupación, y la música de la batalla bailaba en su mente.

Nirek se desprendió de su espada y se quitó la coraza. La guardia de Paramjit estuvo serena pues sabía que Nirek no atacaría a su abuelo. También Nayakan se deshizo de sus piezas bélicas y bajo de su elefante. El rostro del anciano, que reflejaba la sabiduría de la edad, los contempló serenamente. Nirek inclinó su cabeza ante Paramjit y luego alzó la vista para saludarlo.

—Bendiciones abuelo Paramjit.

—Que los dioses te bendigan Nirek

—Una gran guerra viene hacia nosotros, te pedimos tu bendición para la gran batalla —le pidió Nirek.

Paramjit descendió de su bestia, y luego, sostuvo sus manos sobre la cabeza del primogénito Nirek, que se inclinó con alto respeto.

—Hijo de Otali, da una batalla digna, que nuestro señor te conceda inmensos triunfos y grandes tierras de las que serás el amo, y que él te libere de todo género de maldad y tristeza para que tu reino sea bello y lleno de justicia

Una leve sonrisa se retrató en los labios de Nirek.

—Querido Nirek tu siempre fuiste de gran sabiduría, espero que la victoria les sonría.

Así, el antiguo emperador que sentía gran cariño por su nieto veía en él las cualidades reales; el tiempo lo hacía envejecer, y los años le hicieron saber que el triunfo de Nirek sería justo. Pensaba el sabio que la verdadera vejez comienza cuando los recuerdos son más grandes que las esperanzas.

—¡La vida nos lleva a un mortal conflicto gran padre! deseamos todos obtener la gran victoria. ¿Cómo podríamos lograrla?

El viejo Paramjit frunció un poco el ceño intentando ocultar la pena de sus ojos, y luego sus labios lentamente se abrieron.

—Que tu corazón te guie querido Nirek, el resto no importa —dijo el anciano suspirando.

Nirek mostró sus respetos a Paramjit, mientras la pena se le empozaba en la mirada. Después de despedirse de su abuelo, montaron sus blancos elefantes y regresaron al palacio de Adit, para reunirse con todos los dirigentes del ejército. La noche pasó entre planes y discusiones. Un poco antes de la extenderse la aurora, Nayakan fue a su habitación a dormir un poco. Entonces, luego de descansar, sintió de pronto zumbándole en el oído la voz de alguien.

—Nirek desea verte príncipe Nayakan —le dijo Nara despertándolo.

Nayakan despertó, y se dirigió rápidamente al pabellón real. Encontró a su hermano que estaba planificando con sus generales.

Los nombres de los héroes brotaron de la boca de Nirek, que estaba señalando a sus hombres de mayor confianza. Nayakan y los presentes recibieron las indicaciones con respeto. Luego, salieron del lugar y fueron a colocarse sus corazas y a ofrecer el culto a sus dioses, extendiendo sobre el cielo los ancestrales versos sagrados.

-Me inclino ante ti Señor, que eres la Verdad Suprema, que eres la forma misma de la justicia y la moral, que estás más allá de todo conocimiento y verdad, que eres la encarnación de la justicia a cuyos pies mueren los enemigos de la virtud. Tus ojos son como astros, y tu piel es como la Luna. Tienes el cuerpo cubierto con las cabezas de tus oscuros enemigos, y llevas una corona con incrustaciones de gemas. Tú eres el Creador, sostenedor y destructor de los universos y las galaxias forman tu

armadura.

Después Nayakan, vestido de una imponente armadura oscura, se colocó su casco, y se dirigió decidido hacia el campo de batalla.

—¿Estás listo? —le preguntó Nara al verlo.

—¡Siempre! la lucha es parte de mi naturaleza.

Los dos ejércitos aguardaban deseosos por acatar las nuevas órdenes. Los generales eran unas figuras de enorme respeto, por los que los soldados sacrificarían su vida sin pensarlo, llenos de un compromiso por ofrendarles todo su esfuerzo. Se oía el confuso rumor de conversaciones y cantares, unidos a los murmullos de flautas y tambores, y al bullicioso repiqueteo de algunos guerreros que practicaban ataques con sus aceros. Se había construido un buen campamento al cabo de varias horas, y algunos estaban preguntándose qué ocurría en el terreno de los enemigos. De esa manera, los Gupta entregaban a las brisas de la noche los acentos de su conversación.

Los sacerdotes realizaron sus ceremonias y rezaban rogando a sus dioses para que bendijeran aquel campamento y a sus ocupantes. Los pilotos alistaron a sus bestias al mismo tiempo que Rajpur ordenaba su enorme ejército como un mar de sables, lanzas y escudos. Nayakan meditaba sobre su manera de actuar, recordando todo lo aprendido por sus tutores, pues estaba cerca el momento de arreglar cuentas con los enemigos.

Habían llegado al final de un largo camino. Ponerse de acuerdo sobre cada punto de la campaña bélica había hecho renacer en los soldados Gupta y sus socios un sentimiento de compañerismo; era como si no hubiera nada más en el mundo que no fuera el deseo de justicia. Los militares Gupta oraban y buscaban signos de los dioses en todas partes, y estaban jubilosos porque habían visto elevarse sin humo las llamas de su fuego sacrificial, mientras que los informes de los espías confirmaban que los Rastrakutas estaban listos para la batalla.

Llegaron al desierto las fuerzas de apoyo para los Gupta. Desde distintos lados se movilizaban destacamentos de soldados y bestias. Delante de sus tropas, en el elefante más alto, iba montado Nirek con espléndida armadura. Era bueno para todos estar bajo la dirección de Nirek. Los hombres como Adit y Saike, sabían que peleaban por un hombre justo. Detrás de cada emperador, como fortalezas en movimiento, se desplazaban los mastodontes protegidos con poderosas mallas y luciendo sus gualdrapas suntuosas. Había, además, una guardia personal de muchos guerreros armados con espadas, lanzas, hachas y escudos.

Todos los flancos tenían elefantes y caballos cargando a los soldados armados, imponentes como el gran Himalaya contra el cielo de la mañana.

Los médicos, técnicos, armeros, atabaleros y seguidores de campo sabían ya bien el importante rol que desempeñarían. La infantería debía enfrentarse con orden y disciplina, y esa mañana, los hermanos y sus compañeros tendrían que combatir olvidando el temor contra seres malignos y contra otros héroes montados en los elefantes.

Un poco después, Nirek vistió su plateada armadura y apareció en un podio que dominaba el campamento y habló frente al poderoso ejército que se estaba reuniendo. Detrás del emperador, un grupo de guardias vigilaban y algunos ministros y políticos esperaban su mensaje. Los hombres acudieron para escuchar, un regimiento y luego los otros fueron tomando posición, y finalmente estuvieron ordenados según sus orígenes y creencias, y cada cual con su armamento preferido y su propia estética en armaduras. Tal vez para algunos parecía un conglomerado de brutales guerreros, pero en la agrupación existía el orden. Las diferentes partes del ejército formaban un impresionante conjunto. El emperador esperó a que el murmullo se acallara y el aire se cargó de una vibración expectante. Los guardias estaban atentos y guardaban silencio. Después, el emperador habló a la gran comunidad.

-Estoy admirado al observar a todos los leales que apoyan nuestra creencia. Qué tienen que temer los soldados de un ejército tan extenso. Mi ejército acaso no es merecedor de una gran admiración. Oigan esto todos, Los mismos dioses nos miran con respeto. Las gentes que viven en este territorio que encontráis tan abrupto, nos ven como un ejército justo y poderoso, un grupo que está comprometido en una misión tan importante como nunca se ha visto. Los pobladores ven nuestra grandeza y vienen a ofrecernos diversas ofrendas y nos dejaron paso libre a través de estas tierras. Debo decirles, que siento satisfacción pues sé que no hay entre vosotros alguien que sienta temor por enfrentar a cualquier enemigo, y nadie teme a las demoniacas amenazas que tenemos ante nosotros, ni a los invasores que aguardan en el desierto, y por ello tienen mi consideración y halago. Ahora, marchemos sobre la plaga que nos amenaza y destruyámosla pues nuestro señor está con nosotros.

Las divisiones rugieron glorificando al emperador y al recibir la orden de los generales, comenzaron a tomar dirección al desierto.

Los Rastrakutas también estaban listos y alineados para pelear. Avanzaron mientras Rajpur iba a la cabeza sobre su elefante blanco, y estaba rodeado por las imponentes jabalinas de sus guerreros. Él se alzaba alto y orgulloso sobre su elegante bestia que arrojaba destellos. Muchos gigantes y terribles guerreros se desplazaron por el horizonte en orden de batalla, y sus estandartes lucían símbolos serpentinos. Al frente de las divisiones estaban Rajpur, Anand y Jayadeva. Además, los movimientos del ejército eran supervisados cuidadosamente por Birendra

y Paranjoy.

Después, se presentó Celcos que era familiar de Nara, pero resolvió apoyar a Rajpur en el enfrentamiento. Era un joven militar de imponente presencia, con poder de mirada y de gestos. Todos vestían armaduras y pieles de animales salvajes, y sostenían con valor sus escudos, espadas y lanzas.

Sobre los regimientos Gupta había una nube de banderas de guerra con la figura del águila que fustigaban el viento. Los brazaletes, las joyas de las armas y corazas de todos centelleaban mientras el firmamento reverberaba con el bombardeo de los tambores, atabales y címbalos, acompañados por el atronador caminar de las bestias.

El estandarte de Balan avanzó hasta situarse delante de su división. Muy por encima de todos los estandartes y en el centro de la formación volaba el emblema de Rajpur vistiendo su armadura cargada de joyas.

Se vio la gran formación de pájaro de los Rastrakutas alistarse mientras los soldados tomaban posiciones. Las bestias del general Pulit y de Anand comenzaron su avance. Los otros emperadores que se habían situado al frente con sus bestias eran la cabeza y las alas. La formación militar de Rajpur era formidable, pues en ese momento, ofrecía seguridad y podía atacar en cualquier dirección. Habían sacado el mejor partido de su superioridad numérica. Nayakan sentía que los Gupta serían como un búho atacando a un punzante erizo.

Nirek y sus hermanos estaban junto a Adit adelante de la formación de batalla. Amio estaba en el extremo izquierdo acompañado por Valul, los demás generales estaban a la derecha. Las bestias se formaron en columnas verticales. Una vez que las maniobras de posicionamiento de tropas acabaron, ambos ejércitos estuvieron listos sosteniendo sus largos sables y lanzas, mientras los guerreros golpeaban sus escudos con gran poder.

Nayakan le pidió a Nara que lo llevase a un sitio que tuviera suficiente visibilidad para poder perforar a sus oponentes. Mientras el piloto se posicionaba, se oía tronar la música guerrera, y clamaron animosamente los caracoles, los címbalos y los tambores que estremecieron el cielo claro como un zafiro. Se oía la algarabía de los poderosos peleadores atentos a marchar sobre las áridas sabanas de arena, y se elevaban los cantos de los sacerdotes ocultos entre el espeso ramaje de armas y el murmurar de las banderas al mecerse con el viento.

El Sol despedía ya a la oscuridad. Era la señal del comienzo y de las fauces de los generales Rastrakutas brotó el trueno de la batalla.

—¡Beberemos de la copa de la victoria!

Y desde el otro lado, los Gupta rugieron.

—Por Nirek ¡Adelante!

Valul, Narani, Adit, Amio y Saike soplaron sus caracoles atravesando las nubes con el poderoso sonido de la contienda. Ojayit, Amio, Saike y los demás generales también hicieron gritar a los caracoles. El escándalo de los instrumentos les aceleró la sangre a los guerreros, y los tambores tronaron salvajemente picándoles los oídos. Sobre todo, ese estrépito se elevaron los inmensos rugidos de los Gupta similares a los de un enorme león.

El mortal escándalo enemigo se dirigió hacia los príncipes, era como una bestia lista a acabarlos. Nirek avanzó a velocidad con su división, exponiendo su luminoso estandarte al viento. Sus elefantes del color de las nubes eran muy veloces. Finalmente divisaron al enemigo acercándose, los cronistas de estos sucesos narraron el encuentro como el aparecer un crispado mar de guerreros. Las vastas huestes cruzaron miradas agudas en ese encuentro terrible, mientras sus largas banderas eran sacudidas por las borrascas de viento.

El deseo de destacar en hechos de grandeza arrastraba a los soldados a pelear con valor. Los elefantes parecían unas fortalezas andantes y exhibían sus colmillos que llevaban cada uno una gran daga, lista a perforar adversarios.

El desierto estaba invadido por la tormenta de guerra. Los luchadores aullaron como locos, y sus rugidos fueron mayores al estruendo de los elefantes. Ambos ejércitos estaban avanzando listos a chocar en el pedregoso y polvoriento desierto. A pesar de los ruegos de sus corazones para no pelear, los hermanos se acercaban ya hacia el enfrentamiento.

Las tropas Gupta se desplegaron con su forma del Creciente Lunar. Se supo pronto que era obra estratégica de Nirek, cuyas banderas con el emblema de águila ondeaban en la delantera. La bandera del emperador Ranayan serpenteaba en el flanco derecho del ejército Rastrakuta, la de Balan en el izquierdo y la de Birendra en el medio. Luego, los seres de la oscuridad tomaron su fatal formación de ataque que imitaba a un ave siniestra, mientras que sus guerreros emitían sus clamores y gritos guturales que escalaron hasta las nubes.

Después, un sonido lóbrego cortó a todos los demás, era la grave y nociva nota del espantoso cuerno del general Panis, que iba saturando el firmamento con sus amenazas, y llamando a sus abominaciones a avanzar. Las huestes respondieron con rugidos de guerra brutales e

inhumanos, que parecían provenir de las regiones más terribles del universo.

Nayakan observó acercarse el demoníaco estandarte de los seres oscuros, parecía ese ejército salido de una mente perturbada. Había guerreros horribles que eran esas mezclas de hombres y demonios. Algunos se movían a pie empuñando grotescas armas y otros montando sus bestias fenomenales, mientras sus grandiosos emblemas y estandartes serpenteaban en el veloz viento.

Las hordas de las tinieblas avanzaron por la tierra como una plaga de escorpiones. Su primer regimiento comenzó a levantar sus enormes aceros dando gritos impregnados de muerte. Detrás de las primeras filas de espadachines estaban los lanceros, con sus largas lanzas fabricadas con huesos y tendones, y más atrás, estaban sus jinetes, llevando unas pieles de serpientes sobre sus bestias. Estaban acompañados por sus músicos, que tocaban sus siniestras melodías guerreras, con flautas hechas de viejos huesos y tambores forrados con piel de cadáver.

Nayakan tenía la esperanza en que Jayadeva no peleara contra ellos. Eso fue hasta que Jayadeva avanzó sobre su enorme elefante y arrojó su jabalina contra Ranki, que era un valeroso kshatriya. El arma pasó aleteando sobre él, rasgándole el hombro.

Si los Gupta no vencían a esos enormes regimientos, el Sol no volvería a alzarse jamás y reinaría el caos en la Tierra. Las injurias, la destrucción y las calumnias, se esparcirían sobre los reinos oscureciendo todo, como un aliento venenoso que iba cubriendo la luz de la virtud y la inteligencia. Los largos estandartes bailaban en la brisa, y el cambiar de posición de las formaciones de guerreros eran un espectáculo distinguido. Los caracoles, los tambores de guerra y los instrumentos de viento gritaban. Los enemigos empezaron a avanzar con las armas en alto y deseaban reducir a los Gupta a miserables huesos.

Nunca los hombres fueron castigados por semejantes seres impíos, capaces de tejer tan letales pesadillas. Pero todos estos seres eran poco comparados con el terrorífico coloso que después emergió de entre sus filas. Gritaba como un poderoso huracán inundando el aire con terror, y miraba con sus brutales y malignos ojos que rutilaban como unos diamantes encantados de mortal destello, caminaba mientras sus pasos poderosos levantaban el polvo; sus manos sobradamente sujetarían a cualquier hombre, y sus dientes como cuchillos. Al ver á este gigante, muchos quedaron mudos por el espanto y tiritaron los huesos. Avanzaba ese cuerpo musculado de gigantes brazos y muchos fueron intimidados más aún que con el acero más afilado.

Los ojos sorprendidos observaron que el ser llevaba en el pecho varios collares sembrados con decenas de sangrantes cráneos humanos. El

temor invadió la mente de Nayakan y tenía seca la boca seca pensando en el peligroso desafío que se desplegaba ante ellos, y su mente tembló. Nunca se había sentido temeroso ¿Quién pensaría que él que era un gran combatiente y se había ganado las alabanzas del pueblo ahora tenía las rodillas temblorosas?

Samir prestó atención a la gran bestia. Tenía el famoso guerrero un gran arco en la mano izquierda y alistó una flecha cargada con plumas sagradas. Apuntó con actitud serena para alcanzar la cabeza de la aberración.

Al otro lado del campo, Nayakan tenía la mente castigada por el temor y conversó a su piloto Nara.

—Tengamos cuidado Nara, esas bestias son hijas de dioses oscuros, y pueden dar cuenta de nuestros cuerpos.

Nirek percibió el temor en su hermano y le habló para darle valor.

—¿Qué ocurre Nayakan? ¡Nuestros dioses nos darán la victoria! La muerte de los Rastrakutas está ya escrita. Vishnu se lleva nuestros temores y dispersará a sus tenebrosos ejércitos.

—¡Que los dioses me concedan la fe necesaria! —dijo Nayakan.

—Así es —dijo Nirek decidido—. Rajpur sabe que las fuerzas oscuras siembran el miedo sobre la moral de nuestros hombres. Pero no le servirá pues nosotros tenemos a las divinidades de nuestro lado.

Los despreciables enemigos arrojaban sus gritos demoníacos al viento Nirek estaba demostraba serenidad y convicción. Nara estaba sorprendido, pero se mantenía frío como hielo. Ojayit observó a los adversarios y se sintió lanzado hacia adelante.

Amio gesticuló con sorpresa ante el espectáculo. Pronto lo hicieron otros ante la visión del descomunal ser. Los hombres se preguntarían si sus emperadores cambiarían de idea ante esta amenaza. Muchas voces arrojaban su perplejidad a través del campo. Nirek no cavilaba rendirse y entonó sus firmes notas con un caracol que atravesó las nubes. Amio y Ojayit lo acompañaron con sus notas de guerra, y todos los demás generales los siguieron.

El cielo se agitó alrededor de ellos y se levantó la arena. Nayakan tenía la sangre acelerada y la mente llena de un mal augurio, como el que se siente ante las crueles amenazas.

—¡No debemos pelear! —dijo Nayakan viendo al ser de pesadilla—. El

valor parece abandonarme.

—Mi lanza a combatido a antiguas abominaciones y esta será solamente una más —afirmó Nara para rechazar el temor.

Nara miraba con desprecio a la bestia que rugía como mil tigres mientras esta se abría paso haciendo agitar el suelo. El enorme ser sacó luego su titánica espada que estaba decorada con medallones metálicos circulares que llevaban tallados unas cabezas monstruosas, y con este filoso sable, empezó a despedazar a los soldados Gupta mientras tajaba el viento con precisos y poderosos golpes.

—¡Mira! —gritó Nara con ojos enormes—. ¡Nuestro señor nos dará la victoria, esa gran bestia espera ser abatida por nosotros!

Nayakan y sus leales seguidores sabían que esta podía ser su última batalla. A los hermanos se les había entrenado para ello, pero el gran monstruo era servidor de la muerte, listo a acabar con cualquiera

Nayakan volvió los sorprendidos ojos hacia su ejército tratando de obtener inspiración. Danio era el vástago mayor de Adit y contemplaba a su padre desde su elefante. Nayakan intentaba despertar las enseñanzas de valor que le dieron sus maestros, pero tenía las manos estremecidas por el escalofriante temor.

—No sé si podré con estos enemigos de nuestro señor Vishnu —le dijo a Nara con el temor poseyéndolo—. ¡Que los dioses nos ayuden! mira esas bestias que parecen salidas de una mente desquiciada.

Nara puso los ojos encima de Nayakan y luego, señaló al gigante enemigo.

—Este es solamente un demonio más, están obligados a morir todos y cada uno de ellos —dijo Nara con firmeza—. Ellos no pueden ganarnos.

La bestia continuó su ataque, emitiendo rugidos que atravesaban las nubes, y latigueando con su lóbrega espada. Convertía a cualquiera que alcanzara en sangrientos pedazos. Por un momento Nayakan intentaba dejar atrás el temor, y luego de inclinarse, oró a sus dioses en súplica de entendimiento y valor.

—Dame valor Creador del Mundo, tu trasciendes las fronteras del saber, eres la verdad y la esencia de la justicia, tu eres el Señor de los mundos y lleva collares llenos de cráneos que caen de tu cuello como cascadas de muerte, y sostienes tus gloriosas armas. Tus enemigos huyen al mirarte con tus terribles armas, y tus gritos que atraviesan todos los universos. Las serpientes son los aros de tus collares, los relámpagos son tus guirnaldas. Eres el conquistador de la muerte, el destructor de los mundos

impuros. Eres inmortal, inmaculado e inagotable.

Luego de pronunciar sus sagrados rezos, la mente de Nayakan finalmente comprendió, y se inclinó lentamente para recoger su arco. Se oía a lo lejos los rugidos de caracoles de batalla, y su corazón golpeaba cada vez más fuerte.

—¡Muchos demonios nos esperan aún! ¡Vamos a acabarlos a todos! —exclamó Nara.

—Debo continuar —pensó Nayakan mientras los caracoles tocaban la mortal melodía de la guerra.

Nayakan empezó a ajustar pronto sus guantes; después, empuñó el gran arco con fuerza.

— ¡Oh descomunal elefante! —murmuró Nayakan—. ¡Tú eres hermano de los cuatro elefantes que sostienen el cosmos, me llevarás este día a la victoria!

—¡Vamos a pelear! —exclamó Nara con una sonrisa de victoria.

Samir era un creyente sincero en el ideal que lo llevaba adelante, proclamaba la muerte enemiga junto a su división de guerreros acompañado por Ojayit, Nirek, Amio y los demás. Después de tantas batallas como las que el gran Samir había librado, en las que había absorbido la vida de tantos hombres, algunos momentos le resultaban gloriosos en la memoria y este sería uno de esos. Era un líder cuya guía era como un bálsamo para la mente de sus seguidores

El poderoso elefante llevó adelante a Nayakan, mientras miles de flechas y lanzas caían como avispas ponzoñosas; y los enemigos llegaban como halcones buscando roedores. Después de unos cataclismos de espadas y saetas, Danio fue alcanzado, y cayó al suelo mientras se sujetaba la herida para que no se le escapara la vida.

El coloso continuaba manejando su prodigioso sable que descuartizaba sin medida. Luego de momentos de desenfrenada violencia, Samir ordenó a su piloto ponerse en la posición correcta para atacar, y elevó su arco apuntando una reluciente flecha de gruesa punta. Fijó los ojos en el adversario y apuntó con mucho cuidado. Se vio que la dorada saeta cruzo veloz por sobre el campo de batalla y logró alcanzar la frente del monstruo, rociándole el rostro con una sustancia azulada que lo dejó atónito, al parecer lo había hechizado. Lo que ocurrió luego puso perplejos a todos.

El ser olvidó su ataque, y tuvo la mirada perdida en el lejano horizonte. Después se dirigió hacia un destellante manantial de fresca

agua, e inclinándose comenzó a beber y beber con velocidad. La vista de los Rastrakutas quedo incrédula, y después de unos momentos, se oyó un enorme estruendo, y lo que se vio entonces, fue una lluvia de carne desecha y órganos que cayeron al suelo del desierto, el ser había explotado en mil pedazos.

—¡Samir! —exclamaron airosos los guerreros Gupta. Nayakan ya estaba decidido y con la moral alta, empezó a disparar decenas de saetas que volaron por el aire como unas frases recitadas por el dios de la guerra.

—¡Perros! —gritó Nayakan como tigre.

Las huestes enemigas se cubrieron con escudos hechos con piel de cadáver, y a continuación, corrieron a atacar utilizando sus lanzas cargadas con cráneos.

Flechas serpentiformes alcanzaron las patas del elefante de Nayakan, y muchos de sus soldados fueron trepanados. Nayakan también fue herido del hombro, y le pidió a su piloto que avanzara rápido, mientras le goteaba sangre por un costado de la coraza. El rugido de la guerra envolvía el desierto con el efluvio de la muerte, el rumor de los enemigos y el choque de púas y escudos producían un estruendo mortal.

De pronto, Danio fue herido por un el filo una flecha con símbolos nigromantes, y cayó sobre el manto de arena.

—¡Llévame a ellos rápido! —exclamó Nayakan al ver lo sucedido.

Nara llevó al elefante en aquella dirección, y llegaron abriéndose paso entre los guerreros. Cuando alcanzaron a Danio, su ayudante le había extraído la flecha, pero su sangre fluía veloz, y con ella, parecía irse también su vida. Un médico mantenía la mano fuerte sobre la herida, mientras los ojos de Danio perdían su vitalidad y parecían despedirse.

Sonreía, aunque estaba mal herido, pues un guerrero de su estirpe no se quejaba, aunque se tratara de una grave herida. Mientras lo llevaban hacia el campo médico, Nayakan lo observó con lástima, rogando porque la vida no lo abandonara. Adit se arrodilló un momento junto al cuerpo de su hijo. Sus heridas parecían mortales, pero Danio miró los grandes ojos de su padre, y sostuvo su mano con fuerza

—¡Que no caiga tu ánimo Danio! la victoria nos sonreirá pronto —le dijo Nayakan apoyándolo.

Nayakan montó su elefante y regresó al campo de batalla en busca de Jayadeva. Se percató de que Ramani, el hermano de Danio, lo había desafiado a mortal pelea, y estaba vistiendo su armadura con cascada de

lunas plateadas. Jayadeva flexionó los brazos con gran poder, y se alistó para el encuentro. Aunque su coraza estaba abollada, él estaba listo a despedazar a Ramani. Era la sangre de su hermano Danio la que había manchado la espalda del desierto, y por ello deseaba tomar venganza. En esos momentos, los reyes se habían vuelto unos guerreros caníbales.

Ramani se acercó corriendo hacia su enemigo en un trance de furia y le desgarró la cota con un eficiente sablazo, pero la púa de Jayadeva alcanzó el hombro derecho de su oponente con un vertiginoso movimiento. Aleteaba una tenebrosa muerte entre ambos adversarios.

Un flechazo pasó rumoreando cerca al oído de Jayadeva, y poco después, largas jabalinas volaron como águilas alcanzando su resplandeciente armadura y derribándolo. Jayadeva rugió con ira y Ramani se le acercó extendiendo su sable directo al corazón, y si el caído no lo hubiera bloqueado con su sable, hubiera sido cadáver. Comenzaron a llegar soldados y la pelea se adensó alrededor de Jayadeva, y su estandarte con figura de palmera cayó destruido. Los guardias de Jayadeva vieron lo ocurrido, y se dirigieron hacia el para ayudarlo.

Al otro lado del campo, Birendra empezó a avanzar con sus fuerzas.

— ¡Nirek conocerá pronto al dios de la muerte! —exclamó Anand observando la batalla

—¡Acabaremos pronto con todos ellos! El imperio ya nos pertenece —dijo Rajpur con grandes ojos.

El estandarte de Birendra serpenteó veloz contra el viento, y él exclamó su desafío acompañado por los elefantes de Balan. En ese momento, Nayakan y sus tropas cargaron contra su protegida y mortal formación. Ahora Nayakan no se sentía un príncipe, sino un Gupta con el polvo de la batalla en el rostro, y sentía el aguijón en los oídos por el barritar de los elefantes.

Allí le aguardaba la formación de ataque, y su piloto fruncía gravemente el ceño ante el enemigo. Las saetas de Nayakan volaron con intención letal, y dos soldados cayeron a los pies de Birendra. Luego, volvió a apuntar con su gran arco, y lanzó una flecha con pluma de águila que murmuró junto a la cabeza de Jayadeva.

La bandera de Rajpur ondeaba orgullosa, pero estaba lejos. La arena trepaba hasta el cielo y pocas veces permitía una visión clara. Lo mas importante era divisar a Rajpur para perforarlo. Se sorprendía Nayakan ante la astucia del enemigo, pues ninguna otra formación podría haber cerrado tan bien el camino. El elefante transportaba a Nayakan por la línea del cuerno occidental de la formación de guerra. Algunos lanceros de Rajpur intentaron detenerlos, pero nadie iba a interponerse entre Nayakan

y la muerte del hombre que los había insultado frente a todos.

—¡Olvida el ejército y busca la bandera de Rajpur! —le gritó Nayakan a su piloto.

Pudieron ver a Birendra a lo lejos, pero lo protegía un poderoso contingente de soldados.

—¡Ve directo hacia el! —exclamó Nayakan con ojos enormes.

Al llegar la tarde, la perfecta formación de Rajpur se había desarmado por los flechazos, y los esbirros de Anand trataban de impedir a toda costa que Nayakan y sus guerreros lo alcanzaran.

Al ver el ataque, Rajpur puso ojos enormes, y ordenó a su conductor que escapara. No pensó Nayakan en arriesgarse para ir tras la sangre de un cobarde, pues sabía el código Gupta le prohibía perseguir a alguien que se rindiera o huyera del campo de batalla. Nayakan pudo ver el estandarte del gran ojo perteneciente a los viles invasores venir hacia ellos a gran velocidad.

—¡Llévame adelante! —rugió pronto a su piloto—. Tengo que recordar que éstos miserables quien es el mejor peleador.

Nayakan dio sombra a sus ojos para evitar que la luz del día le impidiera localizar sus objetivos, y los ojos de ambos guerreros se fijaron en el horizonte azulado y remoto. A lo lejos reinaba la indómita sinfonía de la guerra, pero ninguno consiguió encontrar al comandante enemigo que se deslizaba a través del desierto

De pronto, los elefantes adversarios emergieron desde las nubes de polvo dando tremendos rugidos, y un segundo después, los libertadores fueron atacados por un aguacero de venenosas saetas. Nayakan y sus filas respondieron a esa lluvia con sus vertiginosas flechas que llevaban plumas sagradas que cruzaron el aire para beber la sangre enemiga. Los regimientos de Anand, Birendra, Ranayan, y Balan intentaban contraatacar.

—Aguanta firme —le dijo Nayakan a su piloto.

Se podía ver que el dios Indra se había ya llevado sus miedos. Las saetas de Nayakan murmuraban en los oídos de sus rivales, y algunas hallaron el corazón de los atacantes.

Panis daba órdenes a sus guerreros con voz ronca y carácter violento. Su negra armadura estaba cargada de cráneos de serpiente y joyas polifacéticas. Sostenía una fenomenal lanza con diminutas esmeraldas a lo largo de la empuñadura. Avanzó sobre su elefante seguido por líneas de

sicarios que llevaban sobre sus cabezas cascos de formas animales

Los himnos de los hechiceros viajaron por el aire como sierpes que atraparon los oídos. Las armas caníbales goteaban sangre y ocurrían sombrías escenas de batalla que clavaban sus ganchos en la mente. La tierra estaba cuajada de una sangre lóbrega, y era como si las venas del reino se hubieran abierto. Los soldados formaban los patrones de un orden estricto, entrelazando sus armonías bélicas y sus armas lóbregas.

Un regimiento de guerreros brujos atacó a los soldados de Nayakan, y sus flechas caníbales los arañaron provocando abultadas podredumbres. Muchos cayeron oyendo los acordes espectrales de los músicos que acompañaban la marcha. La muerte se presentaba por doquier y concluía con el sonido de un viento helado. Los cuernos de guerra rugían, y sonaban las trompetas que anunciaban el golpe mortal